

EL SACRIFICIO DE UNA MADRE,

DRAMA EN CINCO ACTOS,

arreglado y añadido para la escena española por D. Ignacio María Bueno.

Representado con éxito por primera vez en Barcelona en el Teatro Principal el dia 11 de Julio de 1850.

Personajes.	Actores.	Personajes.	Actores.
MATILDE, esposa de. .	D.ª Matilde Duclos.	LUISA.	D.ª Amalia Martinez.
ENRIQUE.	D. Franc.º Lumbreras.	SORLI.	D. José Comerma.
CARLOS.	D. Joaquin G. Parreño.	MANUEL, criado. . .	D. N. Hidalgo.

La accion pasa en una casa de campo de las cercanías de Semlis.

ACTO PRIMERO.

Sala de casa de Enrique; puertas laterales y al fondo; por estas se deja ver un jardin: una mesa con tapete guarnecido, y otra con un tocador elegante. Sillas, etc.

ESCENA PRIMERA.

MATILDE, CARLOS.

MATILDE. Porqué no continuais vuestro paseo, señor Carlos?

CARLOS. Porque vos habeis interrumpido el vuestro.

MATILDE. No vais á reuniros con mi esposo?

CARLOS. Temo incomodarle distrayéndole de sus negocios; pero verdaderamente, señora, que soy un necio en prolongar una conversacion que no os causa placer.

MATILDE. Perdonad; vuestra conversacion es muy singular: la novedad de vuestras teorías, bastaria para divertirme, ya que no me agradasen.

CARLOS. Que tienen de estraordinarias? Os repito que la mútua simpatía de que tanto se habla en los libros, no existe en el mundo; y que se da aquel nombre á un concurso de circunstancias favorables que hacen nacer y desarrollar los sentimientos. = «En cualquier sitio donde estuvieseis, mi corazon hubiera volado hácia el vuestro.» Así dicen muchos amantes cuando se quieren hacer ilusion. La costumbre de verse, la facilidad de encontrarse, y una ocasion en fin, los pone de acuerdo, y no habiendo nada que los separe, se creen que han nacido el uno para el otro; esta es la historia de casi todas las simpatías: yo bien creo, señora, que los mas hábiles en amor, son aquellos que saben dominar las circunstancias y aprovechar las ocasiones. El gran arte de triunfar es la paciencia.

MATILDE. Vos perteneceis, ya lo veo, á esa escuela de moralistas, que no creen en la virtud de las mujeres.

CARLOS. Perdonad, yo creo en ella tanto como en la de los hombres; mas sin embargo, creo en las represalias lejítimas, y, mas que en todo, en las circunstancias.

MATILDE. Siempre las circunstancias!

CARLOS. Siempre.

MATILDE. Ya veo que sois uno de esos hombres ricos y ociosos que no tienen otra ocupacion que la de hacerse amables; ni otra idea que la de tendernos lazos para causar nuestra pérdida.

CARLOS. Perdonad, señora; pero esa suposicion me ofende.

MATILDE. Basta: dejemos esto.

CARLOS. Como gusteis; y cuales son vuestros proyectos y vuestras órdenes, señora?

MATILDE. Aguardo al señor Sorlí, nuevo correjidor de Semlis: me ha prometido venir á dar cuenta á mi esposo del estado de su candidatura.

CARLOS. Yo espero que mi amigo Enrique saldrá electo: los electores que he visto me lo han asegurado.

MATILDE. Mi esposo os agradecerá el interés que por él tomais, el que prueba la amistad que le profesais.

CARLOS. Su amistad y el deseo de complacerle hubieran podido unicamente privarme por tanto tiempo del placer de veros. Convidado por Enrique á pasar la primavera en esta casa de campo, hacia pocas semanas que estaba aquí, cuando tuve que marchar para preparar á los electores, y he perdido cerca de un mes en ir de casa en casa en diligencias y visitas; pero siempre pensando en vos, señora, y por todas partes haciendo vuestro elojio. En fin, desde antes de ayer noche estoy de vuelta cerca de vos, y mi existencia es mas feliz: me parece que respiro un aire mas dulce: á vos os hallo lo mismo: siempre bella; á Enrique siempre tan buen amigo. Solamente ha sucedido alguna cosa nueva durante mi ausencia que me ha causado gran admiracion: acabo de ver en el jardin jugando entre flores...

MATILDE. A una niña?

CARLOS. De dos años á lo mas.

MATILDE. Qué tal os parece?

CARLOS. Muy bonita á lo que he podido distinguir.

MATILDE. No os engañais: es muy linda, tan cariñosa, tan dulce!...

CARLOS. Quien es? Cómo se halla aquí?

MATILDE. Ah! ved justamente lo que no sabreis por ahora: es un misterio, una verdadera novela. El señor Sorlí regularmente podrá ayudarme á declararlo. Hasta entonces es necesario que sufra vuestra curiosidad: tened un poco de paciencia, ya que blasonais tanto de poseer esta virtud.

CARLOS. Señora, por no desagradaros soy capaz de ejercer todas las virtudes.

MATILDE. No tengo la pretension de hacer milagros; lo que os aseguro es que no sufriréis mucho esa impaciencia.

ESCENA II.

DICHOS, MANUEL.

MANUEL. Señora, el señor correjidor estará aquí dentro de un momento, le he encontrado al volver de la ciudad.

CARLOS. Y como has llegado tú antes?

MANUEL. Oh! yo tengo buenas piernas! las diligencias y las postas me tienen envidia. No hace todavía diez horas que salí, y traigo al señor sus periódicos y sus cartas.

CARLOS. Ved aquí un muchacho ligero y alegre; hace pocos dias que era tosco y desagradable.

MANUEL. Oh! es que entonces estaba aquí la vieja Margarita, la doncella de la señora que siempre estaba gruñendo. Pero hace dos dias que la señora se compadeció de mi tormento y la ajustó su cuenta: desde que no veo su mal gesto, tengo un peso de menos y respiro con mas libertad.

CARLOS. La aborrecias mucho?

MANUEL. Si señor, muchisimo, por instinto.

CARLOS. Sin duda querria que fueses mas que amigo.

MANUEL. Yo así me lo figuraba, porque siempre estaba...

MATILDE. Manuel, has olvidado que te espera tu amo?

MANUEL. Voy, señora... Aquí viene el señor Sorlí. *(Vase.)*

ESCENA III.

MATILDE, CARLOS, ENRIQUE Y SEÑOR SORLÍ.

SORLÍ. Señora, estoy á vuestros piés.... Soy vuestro servidor, señor don Carlos. Os doy la enhorabuena, señora, por la hermosa posesion que teneis: he pasado por el jardin, y le he admirado con envidia. Establecido desde hace poco en Semlis, he recibido varias visitas de vuestro esposo, y no me ha sido posible venir hasta ahora á ponerme á vuestros piés: os suplico que me disimuleis.

MATILDE. Dejaos de cumplimientos; vuestras antiguas relaciones con mi esposo, os obligan á tratarnos como amigos.

SORLÍ. He cuidado de su educacion en Burdeos durante los frecuentes viajes de uno de sus parientes, negociante como yo, pero mas activo y mas afortunado; me reia entonces mu-

cho de sus calaveradas. Despues lo he vuelto á ver en la misma ciudad, y creo que entonces ya estaba casado.

Matilde. Si señor: hace mas de tres años que me dejó para ir á Burdeos á recoger una corta parte de herencia de un tio que apenas habia conocido: porque Enrique, huérfano desde niño, no ha conocido nunca á su familia.

Sorlí. Tambien ha hecho su suerte sin debérsela á nadie, y gracias á un dichoso casamiento, á un nombre honrado, y á un caracter independiente, va á ser elejido diputado.

Carlos. Yo creo que sus adversarios son poco temibles.

Sorlí. Por su mérito, muy poco; pero por sus intrigas... El uno ha prometido si se le nombrara, hacernos obtener un camino nuevo; el otro habla de corte real: y Enrique que ha prometido?

Carlos. Trabajar en favor del bien público, porque el interés de la Francia debe preferirse á todo.

Sorlí. Este es nuestro parecer: el tiene cuenta del bien que se le hace: yo, por ejemplo, recien venido á esta provincia, he adquirido una especie de popularidad, cediendo á la ciudad algunas toesas de terrenos que para nada me servian. Quiero sacar partido de mi posicion para servir á Enrique, y aunque no soy orador, tomaré la palabra para recordar sus títulos. Cuanto siento señora que no me sea posible hacer valer uno, que para muchas personas seria una nueva y poderosa garantia! El de padre de familia. Este, dicen, está sujeto al pais por un doble lazo: como hombre político quiere que sus obras le sobrevivan, y como lejislador, se ocupa de lo presente sin olvidarse por esto del porvenir.

Matilde. Ay! señor Sorli: la dicha de que vos hablais, la de verse sobrevivir en los hijos, es la que el cielo no nos ha concedido. Pero la casualidad ha querido darnos una recompensa.

Sorlí. Como es eso?

Matilde. Esta es la narracion que os he prometido, señor Carlos: Escuchad lo que nos ha pasado. Como primer majistrado de la ciudad, puede que halleis indicios que sirvan algun dia para aclarar esta aventura. Hábrá tres semanas que estábamos solos, mi esposo y yo: el señor acababa de dejarnos; dirijíamos nuestro paseo hácia la alamedilla que está á la estremidad del parque. nos sentamos en un banco de cesped, y estuvimos mirando largo tiempo descender el sol detrás de las casas de la ciudad: hablábamos de cosas vagas é indiferentes, (como se hace cuando uno es dichoso) y la noche nos sorprendió en el mismo sitio. Entonces me levanté para cerrar la reja que da al camino: apenas habia dado algunos pasos, cuando me detuvo un débil grito: á poco, oí otro que salia de un bosquecillo cercano: me acerqué, y á la última luz del crepúsculo, ví sobre el cesped una niña. La tomé en mis brazos, y llamé á mi esposo. Fuimos al momento á la alameda para descubrir las personas á quien pertenecia, y no vimos á nadie; llamamos; y no respondieron. Entonces tomamos el camino del parque, llevando á la niña que no cesaba de llorar: Cuan hermosa estaba! no nos cansábamos de mirarla. Al dia siguiente Enrique hizo dilijencias en las cercanias para averiguar algo acerca de este acontecimiento; y desde entonces la pobre niña se ha acostumbrado tanto á mí, que no llora nunca, y somos las mejores amigas del mundo. Mi esposo regresó sin haber podido averiguar nada, de lo que me alegré infinito.

Sorlí. Y desde entonces no habeis podido adquirir ninguna noticia?

Matilde. No señor.

Sorlí. Ni hallar el menor indicio?

Matilde. No señor. Los vestidos, aunque sencillos, no anunciaban miseria; por lo demás no tenia joyas, cifras, ni nada que pueda darnos la menor señal.

Carlos. Admiro sobremanera vuestra generosa conducta, señora. Pero qué, sin saber á que familia se dirijen vuestras bodades, quereis...

Matilde. Si yo descubro los parientes de Matilde (la he puesto Matilde como yo.) Ah! si los descubro y son desdichados á quienes la miseria ha obligado á esta estremidad, los socorreré y les devolveré su hija, porque, que no sufrirá la madre que se vé obligada á abandonar á su hija!

Sorlí. Tened cuidado, pues cuanto mas tardeis en separaros de ella, mas penoso os seria el sacrificio.

Carlos. Y si luego os pagasen con ingratitud, como sucede las mas veces...

Matilde. Siempre pensais en lo mas malo en todas las cosas, señor Carlos. Segun vos no hay en el mundo ningun sentimiento noble

ni ninguna virtud.

Carlos. Rindo homenaje á las vuestras, y admiro esa gracia perfecta que duplica su precio.

Matilde. Continuad, caballero, mi esposo viene, y tendrá gusto en escucharos.

ESCENA IV.

DICHOS Y ENRIQUE.

Enrique. Quien me esplicará esta carta. (*Ap* Están todavía aquí!

(*Viendo á los demás se para de repente.*)

Sorlí. Adiós amigo mio, cuan caro os vendeis, apenas podemos hallaros por ninguna parte.

Enrique. Perdonadme... he tenido que leer unas cartas urjentes.

Sorlí. Está bien, está bien; teniais una en la mano cuando entrabais, no vaya yo á interrumpir su lectura, eso era bueno cuando me mirabais como un mentor. Hoy no sois mas que mi protejido, y creo que me veis siempre con gusto.

Enrique. Siempre os veo con placer.

Sorlí. Pero que teneis amigo mio? estais pálido, alterado...

Matilde. En efecto: Estás enfermo?

Enrique. Yo? no tengo nada, absolutamente nada.

Carlos. Puede que sea de trabajar mucho.

Enrique. No es otra cosa, señor Sorlí: Tendreis la bondad de desayunaros con nosotros?

Sorlí. Es imposible. Me tengo que ir porque se acerca la hora de la reunion preparatoria, y debo abrir la sesion con un discurso improvisado, que necesito pensar. No dejeis de ir á reuniros conmigo. Si os dejo tan pronto, amigos mios, es para ocuparme de vuestros intereses.

Enrique. Si quereis abreviar vuestro camino, mi esposa os conducirá hasta la reja de la alameda.

Sorlí. No es ese el teatro de las aventuras que me contabais hace poco?

Matilde. Justamente.

Sorlí. Me ha conmovido lo que me habeis contado, y esa pobre niña me interesa ya tanto como á vos.

Enrique. Es una criatura hermosisima que nos tiene á todos encantados. Si vos pudieseis descubrir su familia...

Sorlí. Haré todo lo que esté de mi parte Me permitís que la vea?

Matilde. Con mucho gusto: ahora cuando os marcheis entraremos en el cuarto de la mujer del jardinero, en donde me ha sido forzoso dejarla hasta que encuentre otra doncella.

Sorlí. Adiós, señor Carlos. Hasta la vuelta, querido Enrique. (*Bajo á Enrique.*) Os felicito amigo mio: teneis una mujer escelente, y aquí para entre nosotros, haria una buena madre de familia: Adiós.

Carlos. He aquí porque la he hallado tan preocupada... un cariño casi maternal... nuevos cuidados... este es un obstáculo mas.. pero con el tiempo y el invariable deseo de triunfar... (*Vase Matilde y Sorlí.*)

ESCENA V.

ENRIQUE Y CARLOS.

Enrique. Te quedas? No los acompañas?

Carlos. Salí esta mañana, y me quedo para estar á las órdenes de tu esposa.

Enrique. Donde estará Manuel? (*Bajo.*) No hay un instante que perder (*Alto.*) Manuel!

Carlos. Acompaña á tu esposa... lo estoy viendo, quieres qué lo llame?

Enrique. No: si está con mi mujer, aguardaré á que la haya dejado: no tengo prisa.

Carlos. Verdaderamente, querido Enrique, que el señor Sorli tenia razon: estás muy ajitado.

Enrique. Te engañas.

Carlos. Has recibido alguna noticia desagradable?

Enrique. Te digo que no.

Carlos. Haces mal en ocultar nada á tus amigos: los secretos confiados los respetamos, los guardamos; pero los que sorprendemos nos pertenecen: tu has tomado el hábito de estar siempre conmigo tan reservado!... por ejemplo, cuando fuí á Burdeos para reunirme contigo, hace tres años.

Enrique. Y qué?

Carlos. Cuando llegué, supe que estabas á diez leguas de allí en el lugar de Lambzac.

Enrique. Silencio!

Carlos. No hay nadie que nos oiga. Este viage me admiró muchísimo; tú me escribistes una carta que conservo todavia; en la que pretestabas un negocio de familia, negocio tan secreto, que era menester ocultárselo á Matilde.

ENRIQUE. Lo que sin duda has hecho?

CARLOS. Naturalmente, porque ella no sabe que te ausentaste de Burdeos... Pero yo he sospechado que esta ausencia fué motivada por alguna aventura...

ENRIQUE. Carlos!

CARLOS. Qué quieres? yo no tengo la dicha de creer en la fidelidad conyugal... Es menester pagar la deuda á la fragilidad humana, ántes ó despues del matrimonio. Hay algunos que la pagan ántes y despues. Que estos misterios se guarden con una mujer celosa, convengo; pero entre amigos? Yo siempre digo lo que soy, manifestando tanto mis escrúpulos como mis preocupaciones, y por lo mismo cuando hago la guerra, la hago lealmente, y prevengo á todo el mundo, para que esté con cuidado: hecho esto: uso de mi derecho, pues mi conciencia de nada me reconviene.

ENRIQUE. No puedo mas...! Manuel!

ESCENA VI.

DICHOS *y* MANUEL.

MANUEL. El señor de Prevál, el que vino hayer noche, os aguarda en el gabinete.

CARLOS. Uno de nuestros principales electores...! el accionista mas fuerte del diario del departamento.

ENRIQUE. No tengo tiempo de recibirle: mi querido Carlos, si tuvieras la bondad de ir en mi lugar.

CARLOS. Con mucho gusto. Yo me encargo de atraerlo á tus intereses: Oh! estos los entiendo mejor que tú mismo, y espero sacar partido. (Decididamente el se oculta de mi, pero pronto ó tarde yo sabré su secreto. (*Vase.*)

ESCENA VII.

ENRIQUE, MANUEL.

ENRIQUE. Quien te ha dado esta carta? el cartero de Semlis?

MANUEL. No señor: el de Nanteuil; que ha caminado dos leguas espresamente para traerla.

ENRIQUE. Te ha dicho quien se la ha dado?

MANUEL. No señor.

ENRIQUE. Ensilla mi caballo.

MANUEL. Bien.

ENRIQUE. Lo llevarás fuera de la casa y lo atarás detras del muro del parque.

MANUEL. Iré con vos?

ENRIQUE. No, despáchate. (*Vase Manuel.*)

ESCENA VIII.

ENRIQUE *solo abriendo una carta.*

Creo conocer esta letra. (*lee.*) «Suceda lo que suceda, procurad dominaros; no manifesteis ninguna sorpresa.» No tiene firma. Si fuera ella la que me escribe, qué deberé pensar? Despues de estar poco tiempo en Lambzac, me separé de Paulina; luego supe que habia desaparecido: lo pasado se desvanecia sin dejar huellas en mi memoria, y todo lo habia olvidado: ahora me estremecen las palabras que he leido. Tal vez me engañaré, pero si me amenaza alguna desgracia, debo prevenirla. Si estuviera solo, me humillaria, y hubiera sido débil por remordimiento: pero estando aquí Matilde, debo arrostrarlo todo, y ahogar hasta la voz de mi conciencia. Vamos... Dios mio! mi esposa...!

ESCENA IX.

ENRIQUE, MATILDE.

MATILDE. No he tardado mucho, no es verdad? Deseaba tanto volverte á ver! he advertido tu turbacion, tienes alguna pena? Dímelo quiero participar de ella: algun temor::: habla, y yo procuraré disiparlo.

ENRIQUE. Tranquilízate... Estaria distraido, preocupado... es tan natural cuando va á decidirse mi eleccion...

MATILDE, Si, ya lo conozco: los hombres dais tanta importancia á todos esos graves intereses que os separan de nosotras...! Si fuese posible que ellos te ocupasen de tal modo que hiciesen que tu corazon abrigase la ambicion en lugar del amor, te suplicaria, pues es todavia tiempo, que recordases lo pasado, y vieras si se pueden comparar los seis años de felicidad que hemos disfrutado, con los disgustos y cuidados que te acarreará la nueva carrera que quieres emprender. Que eligirias amigo mio?

ENRIQUE. Nuestro amor, Matilde.

MATILDE. Nada lo turbaria, no es verdad?

ENRIQUE. Nada...

MATILDE. Mira, cuando el corazon está tranquilo y alegre, todo está risueño, todo nos encanta; no hay retiro que parezca sombrío, no

hay soledad que no esté poblada, porque nuestra alma se refleja en todo lo que nos rodea. . esto es lo que yo esperimento cerca de tí.

Enrique. Jamas me separaré de tu lado, sin embargo algunas veces es indispensable, y ahora precisamente debo marcharme.

Matilde. Tan pronto?

Enrique. Tu sabes para qué... debo ir á la reunion de electores. A Dios, está segura de que te amo mas que á nada del mundo.

Matilde. Como siempre me has amado, y para siempre?

Enrique. Si, para siempre. (*La abraza y se va.*)

ESCENA X.

MATILDE *sola.*

Mi querido Enrique! cuan triste me quedo cuando te separas de mí, aunque no sea mas que por un momento! mi único placer entonces es pensar en su vuelta; nuestra dicha es tan pura y tan verdadera! desde el primer dia de mi matrimonio, no me ha causado el menor disgusto: sabe que soy muy celosa, y su delicadeza me ha evitado siempre hasta la sombra de una inquietud. Estas cosas harian sonreir al señor Carlos; no las creeria, y me tendria lástima: me guardaré de decírselo.

ESCENA XI.

MATILDE, MANUEL.

Manuel. Señora.

Matilde. Qué quereis?

Manuel. Ahí hay una persona que aguardaba que estuvieseis sola para hablaros.

Matilde. Una visita! quien será? la conoces?

Manuel. No señora: es una jóven que no me ha dicho su nombre: no la he visto nunca y creo que no es de este pais.

Matilde. Qué clase de mujer es?

Manuel. No es una señorita ni tampoco una mujer vulgar; por lo demas es muy bonita: hemos estado hablando mucho tiempo, es decir, yo he hablado porque ella no respondia. Tendreis la bondad de recibirla?

Matilde. Hazla entrar: (*vase Manuel*) tal vez será alguna desgraciada que vendrá á implorar mi compasion. (*Se sienta.*)

ESCENA XII.

MATILDE, MANUEL, LUISA.

Matilde. Acercaos, señorita.

Manuel Acercaos, acercaos, no tengais miedo, la señora es muy buena.

Matilde. Qué quereis, señorita?

Manuel. Eh!

(*Luisa mira á Manuel y le hace seña de que se vaya.*)

Matilde. Teneis razon... Retiraos. (*á Manuel.*)

Manuel. Qué aire! debe ser una señorita; lo siento mucho. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

MATILDE, LUISA.

Matilde. Tiene hermosa figura. (*ap.*)

Luisa. Qué hermosa es! (*ap.*)

Matilde. Ya estamos solas, señorita; hablad, cual es el motivo que os conduce aquí?

Luisa. Yo desearia, señora, que lo adivinarais.

Matilde. Qué! no os atreveis á descubrírmelo? Tranquilizaos. Supongo que no será por nada que tengais que avergonzaros.

Luisa. No señora.

Matilde. En efecto, todo en vos anuncia una persona bien nacida.

Luisa. Si señora; me han dado una educacion superior tal vez á lo que conviene á mi situacion actual. Mis padres han perdido su fortuna confiada á un negociante, y han muerto de sentimiento: casi sola en el mundo, pues no tengo mas pariente que un hermano marino, que está viajando hace mucho tiempo, he vivido del trabajo de mis manos; y de una escasa pension que me legó al morir el especulador que arruinó á mi familia. Circunstancias particulares me han obligado á abandonar el lugar de mi nacimiento hace cerca tres años. Mis recursos se han ido agotando poco á poco, el producto de mi trabajo no era suficiente para mantenerme, y me veo hoy obligada á descender á una condicion para la cual conozco que no seré muy á propósito.

Matilde. Perdonad: temo no comprender bien: de qué condicion hablais?

Luisa. Hace dos dias hay en esta casa... una plaza...

Matilde. La de mi doncella?

Luisa. Os suplico que me la concedais.

Matilde. Vos! es posible? Quien os ha dirigido á mi casa?

Luisa. Nadie, señora.

Matilde. Cómo! no se interesa nadie por vos?

Luisa. Soy sola y pobre, y hasta ahora no he servido nunca: me hallo sin familia, sin amigos... sin protectores.

Matilde. Siento mucho que sea así, porque vuestro lenguaje me habia interesado vivamente: pero yo no puedo tomar para servirme mas que á personas que tengan quien me responda de ellas, quien me las recomiende.

Luisa. Ah, señora! vos que conoceis el mundo dais importancia á esta clase de recomendaciones arrancadas las mas veces á fuerza de importunar, y concedidas por la indiferencia? tendreis menos consideracion á los ruegos de una pobre jóven?

Matilde. (Cómo me ha conmovido!) No os desanimeis: hay otras casas en donde es fácil colocarse: conozco y compadezco vuestra situacion, y si necesitais de algunos ausilios hasta hallar colocacion...

Luisa. Os doy gracias, señora.

Matilde. No ha sido mi ánimo agraviaros.

Luisa. No tengo inconveniente en servir en esta casa, pero en otra ninguna jamás.

Matilde. Porqué?

Luisa. Por no esponerme dos veces á una negativa.

Matilde. Sois orgullosa!

Luisa. Y sin embargo, os imploro.

Matilde. Pero en fin, si yo consintiese en recibiros, qué garantías me podriais ofrecer?

Luisa. Mi conducta; recibidme siquiera por algunos dias, y vereis si soy digna de vuestra confianza. Lo que yo os pido es un asilo, nada mas; el respeto que os rodea me servirá de proteccion. Callais! Me retiro.

Matilde. Aguardad: si yo vacilo todavía, es por vos únicamente: ignorais los disgustos de un estado nuevo para vos; los amos tienen momentos de mal humor, vivezas, caprichos..... yo misma...

Luisa. Lo sufriré todo, señora.

Matilde. Ignorais tambien la multitud de ocupaciones que debereis desempeñar: tenemos aquí hace algunas semanas...

Luisa. Una niña.

Matilde. Ah! sabeis ya...

Luisa. La he visto cuando llegué.

Matilde. Aun cuando no es hija nuestra, queremos que se eduque con el mayor esmero. Cuando quereis entrar en mi casa?

Luisa. Ahora mismo.

Matilde. No teneis nada que os detenga?

Luisa. Nada en el mundo.

Matilde. Os admito: ya está todo convenido, y espero que no tendré que arrepentirme de ello.

Luisa. Jamas, señora, si depende de mí.

Matilde. Muy bien. — Manuel.

ESCENA XIV.

DICHAS Y MANUEL.

Manuel. Habeis llamado?

Matilde. Si. Conducid á esta jóven al cuarto de mi camarera. Ese es el suyo.

Manuel. Cómo! Será la señorita?...

Luisa. Vuestra compañera, Manuel.

Manuel. Es posible! sea muy enhorabuena! esta no es como la vieja Margarita. — Gracias, señora.

Matilde. Cómo os llamais?

Luisa. Luisa Durand.

Matilde. Pues bien, Luisa, mostraos siempre tal como sois ahora, y espero que estaremos contentas una de otra.

(*Luisa hace una reverencia y va á salir por el jardin.*)

Manuel. Por aquí, señorita Luisa, por aquí; mas tarde volveremos para buscar á la niña.

(*Vase.*)

ESCENA XV.

MATILDE, *sola.*

Esta jóven me agrada. Encontraré en ella una amiga mas bien que una criada, y una distraccion durante las forzosas ausencias de Enrique. No sé como podré pasar sin verle... hace apenas una hora que se marchó y ya no puedo tolerar mi impaciencia. Oigo ruido en el patio... él es.

ESCENA XVI.

DICHA Y ENRIQUE.

Matilde. Al fin vinisteis, caballero; cómo os haceis aguardar.

Enrique. (Está tranquila, respiro! No me habia engañano; ha sido una jóven la que ha entregado esta carta.)

ESCENA XVII.

DICHOS Y CARLOS.

Carlos. Ah! aquí está. Acabo de separarme del señor Prevál, y está muy bien dispuesto en tu favor.

Matilde. Almorzando hablareis de vuestros negocios. — Luisa?

Enrique. A quien llamas?

Matilde. Durante tu ausencia, amigo mio, he recibido una doncella.

Carlos. Jóven y bonita? estoy seguro de ello.

Matilde. Si.

Carlos. Las amas de casa no reciben jamas ninguna fea; y son en verdad muy imprudentes.

ESCENA XVIII.

DICHOS Y LUISA.

Enrique. Paulina! (*ap.*)

Matilde. Qué os parece?

Carlos. Es muy bonita.

Luisa. La señora está servida.

Carlos. Y habla muy bien. Vamos á la mesa.-Quereis aceptar mi brazo? (*A Matilde.*)

Matilde. Con mucho gusto.

ESCENA XIX.

LUISA, ENRIQUE.

Enrique. Sois vos, Paulina?

Luisa. Paulina no, Luisa.

Enrique. En mi casa?

Luisa. En casa de vuestra esposa.

Enrique. Y qué venís á hacer en ella?

Luisa. Ya lo sabreis.

Carlos. No vienes, Enrique? (*Dentro.*)

Enrique. Ya te sigo... gran Dios!... (*Vase.*)

Luisa. Vamos á abrazar á mi hija.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, MANUEL.

Manuel. Venid, venid, señorita Luisa; aquí estaremos mejor que en la antesala para recibir las órdenes de los señores. Durante el dia y sobre todo por las mañanas, cuando se han acabado los quehaceres y los amos están ocupados, hay momentos en que uno está libre y puede descansar hablando. Decidme, hace mucho tiempo que servís?

Luisa. No he servido nunca. (*Con indiferencia.*)

Manuel. Tanto mejor.

Luisa. Porqué? (*Con indiferencia.*)

Manuel. Porque tendré el placer de daros consejos, y enseñaros como es menester conducirse. Yo tengo esperiencia en esas cosas, y además tengo aficion á mi estado.

Luisa. No habeis tenido nunca otro? (*Con indiferencia.*)

Manuel. Jamás: pronto os pondré al corriente de todo lo de la casa.

Luisa. Con mucho gusto, señor Manuel.

Manuel. Desde el momento en que os ví con ese aire dulce y tímido me dije á mí mismo: Con esta compañera disfrutaré de tranquilidad Ahora no estaremos siempre riñendo como con la anterior. Qué diferencia de carácter! ella era vieja y estaba siempre rabiando; y vos, señorita Luísa, sois jóven, bonita, y...

Luisa. Vienen aquí muchas visitas? (*Con intencion.*)

Manuel. Algunos vecinos solamente. Ah! se me olvidaba, y tambien el señor Carlos á quien ya conoceis, y que viene á pasar aquí algunas temporadas; es un amigo antiguo del amo. Hubo un tiempo en que los señores no recibian á nadie; habrá como unos tres años, si, tres años, cuando volvió el amo de su largo viaje, se amaban, se querian tanto! que daba gusto el verlos: siempre juntos!.. siempre ocupados en adivinar los deseos el uno del otro! Cuando la señora deseaba alguna cosa, al dia siguíente el señor la sorprendia con ella.

Luisa. Y ahora?

Manuel. Ahora.... ahora.... no quiero decir que no se amen tanto; pero noto una frialdad en mi amo, y sin duda por eso tiene tanto empeño en que se le nombre diputado, cosa

que á la señora no le gusta mucho, pues tiene que quedarse sola.

Luisa. Sola? al contrario, yo creia...

Manuel. Ah! si, esa niña... verdaderamente que esto podria causar una variacion en la casa.

Luisa. Cómo? (*Con atencion.*)

Manuel. Porque la señora la quiere mucho y se distrae cuidando de su educacion.

Luisa. En efecto, y creeis vos que su intencion sea?...

Manuel. Yo no sé: Solamente os diré que es muy aficionada á las niñas. Y á propósito de la casa, si supierais sú historia... no se le conocen parientes, ni tiene ningun indicio, ninguna señal por la que pueda hacerse reconocer... en esto hay algun misterio.

Luisa. La miseria sin duda...

Manuel. Bien puede ser: decidme señorita Luisa, tendriais corazon para abandonar asi á una hija vuestra? Perdonad, perdonad, no hay que ponerse colorada: yo sé muy bien que vos seriais incapaz... pero en fin, pudiera presentarse un hombre de bien que deseara llamaros su mujer. Conozco que necesitareis tiempo para conocerle y apreciarle... eso al fin llegaria, no lo dudo.

Luisa. Si lo que dice es cierto, yo puedo esperar... (*Ap. preocupada.*)

Manuel. Debe haberme comprendido. Ah! la señora llama, señorita Luisa.

(*Se oye tocar una campanilla en el cuarto de Matilde.*)

Luisa. He hecho lo que debia! (*Ap.*)

(*Suena otra vez la campanilla.*)

Manuel. Señorita Luisa!

Luisa. Qué quereis?

Manuel. No habeis oido?

Luisa. El qué?

Manuel. La señora que ha llamado.

Luisa. No habia oido.

Manuel. Ya; esto es natural cuando se está con amigos. Pero yo cuidaré de estar siempre con vos para avisaros.

Luisa. Gracias. (*Vase.*)

Manuel. Y para impedir que os riñan.

ESCENA II.

MANUEL, *despues* ENRIQUE.

Manuel. Qué guapa es! qué guapa! conque acento tan cariñoso me ha dicho: gracias! Es admirable el efecto que ha producido en mí!

Enrique. Qué haces ahi?

Manuel. Yo señor... estaba poniendo las cosas en su sitio

Enrique. Con los brazos cruzados. Ve á preparar los caballos, que vamos á salir ahora mismo.

Manuel. Voy al momento. (Bueno! tendré otra ocasion de hablar con Luisa.) (*Vase.*)

ESCENA III.

ENRIQUE *solo.*

Paulina aqui! Hay cosas en la vida que parecen un sueño, y que no es pósible esplicar! Como he podido cegarme hasta tal punto? Ah! fatal equivocacion! ver transformada en una intrigante á la jóven que parecia tan modesta y tan inocente! Cuando he conocido mi error, la necesidad de espiar mi ofensa, y un momento de enajenamiento y de loca pasion, me han convertido en el mas culpable de los hombres, sí, el mas culpable, porque la engañé con una infame mentira: Mas ahora que debo hacer? Quejarme! Oh! no, no; es preciso tomar una determinacion. Desde ayer busco en vano un momento para hablar á solas á Paulina: Matilde no se aparta de su lado, y parece que redobla las pruebas de su cariño para conmigo que tan vilmente la he engañado. Si procuro separarme de ella, me detiene, si huyo me busca, quiere averiguar la caúsa de mi tristeza... Oh! es imposible vivir así por mas tiempo! La permanencia de Paulina aquí, es un ultraje para mi esposa. Es preciso que parta, que se vaya inmediatamente. Sea cual fuese la idea que la haya hecho venir, yo quiero que se vaya, y mi voluntad hará ceder á la suya. Lo primero es cumplir las promesas que he hecho á Matilde. Precisado por la fatalidad á ser injusto y cruel, debo salvar á la una perdiendo á la otra. Ella partirá... Matilde!...

ESCENA IV.

ENRIQUE, MATILDE, *y despues* LUISA *con un sombrero y un chal.*

Matilde. Estás solo amigo mio? Te oia hablar, y me parecia que estaba alguien contigo?

Enrique. Me has oido?

Matilde. Lo preguntas de una manera que cualquiera diria que temes haber dejado escapar un secreto.

Enrique. Yo !...

Matilde. Tranquilízate: no he hecho mas que conocer tu voz. Ya sabes cuanto me gusta oirte; aun las mas indiferentes palabras tienen tanto hechizo en boca de la persona que se ama !

Enrique. Querida Matilde ! No estamos solos ! (*Haciéndose atrás.*)

Matilde. Os habia llamado ? (*Viendo á Luisa.*)

Luisa. Os traia lo que me habiais pedido.

Matilde. Dadme.

(*Va delante de un espejo y durante este tiempo Enrique se acerca á Luisa.*)

Enrique. Tengo que hablaros.

Luisa. Y yo tambien.

Matilde. Quiero enseñar á Luisa cuales son las modas, y los colores que mas te agradan, y entre las dos haremos todo lo posible para conservarme tu corazon. (*Bajo apoyándose en el brazo de su marido.*) Despues de seis años de matrimonio, una mujer debe poner todo su cuidado en hacer olvidar el tiempo, y yo quisiera que á medida que pasa, lo olvidases tu para no pensar mas que en el momento presente. Mi sombrero... (*A Luisa.*) no oís ?.. mi sombrero mi chal ! vamos, daos prisa.

Luisa. Os ruego que me perdoneis.

Enrique. No te incomodes, amiga mia, guarda tu mal humor para otro.

Matilde. Para quien ?

Enrique. Para mí, porque no puedo acompañarte.

Matilde. Por qué ?

Enrique. Tengo que evacuar unos asuntos, y que contestar á varias cartas... vamos, sé amable, y no te enfades.

Matilde. Enfadarme ! de ninguna manera; si tu no sales, me quedaré contigo.

Enrique. No; ya habias proyectado esa espedicion, y no quiero privarte del placer de ir á ella.

Matilde. Pero sin tí, en nada hallo placer, renuncio á ella sin pena.

Enrique. Acuérdate que has quedado comprometida con Carlos.

Matilde. Qué importa ?

Enrique. Va á venir... ya estará dispuesto. Que le vamos á decir ?

Matilde. No es mas que eso ? yo me encargo de ello. A propósito, mira ya viene ...scarnos.

ESCENA V.

DICHOS, Y CARLOS.

Enrique. Llega, llega, amigo mio... ven á defender tu causa.

Carlos. Mi causa ?

Matilde. Pero... (*Bajo á su marido.*)

Enrique. Habíamos dispuesto ir á paseo los tres hoy por la mañana, yo tengo precision de quedarme, y mi esposa está incierta en lo que ha de hacer.

Carlos. Que capricho !... esto seria usar con demasiado rigor de vuestro privilejio, y castigarme sin que lo haya merecido. Hace un tiempo hermoso... y podemos dar un paseo muy agradable. Os he oido hablar tantas veces con entusiasmo de las bellezas de la naturaleza, que deseo que me enseñeis á admirarlas como vos, y con vos. Estaremos de vuelta dentro de una hora.

Enrique. Seria impolítico no acceder. (*Bajo á Matilde.*)

ESCENA VI.

DICHOS, MANUEL, Y LUISA.

Manuel. Señor, los caballos están ya enganchados.

Carlos. Que determinais, señora ?

Matilde. Partamos: Manuel, vendreis con nosotros.

Manuel. Yo, señora ?... Creia que el señor me habia dicho que me quedase.

Carlos. Haced lo que la señora os manda.

Matilde. Acompáñanos á lo menos hasta la puerta. Estoy enfadada contigo. (*Bajo.*)

Enrique. Qué niñada ! Si yo pudiera...

Carlos. (*ap.*) Solo con ella ! no perdamos la ocasion que se me presenta.

Manuel. Qué mala suerte tengo !... yo que creia quedarme con vos !

Carlos. Vamos. Manuel.

ESCENA VII.

LUISA *sola.*

Va á venir ! he aquí el momento que tanto he deseado ! Dios mio ! vos me habeis dado hasta ahora fuerzas para soportar la vida; vos que me habeis inspirado una virtud nueva para hacerme espiar mi vergüenza, dadme valor para

cumplir hasta el fin la mision que me he impuesto. Dejadme espiar mi falta como vos me habeis aconsejado hacerlo, y en seguida disponed de mi. Qué me dirá? Si reusará !!! Ya se acerca... Ah! creia que tendria mas valor!

ESCENA VIII.

LUISA, ENRIQUE.

Enrique. Habeis deseado como yo esta entrevista secreta, y no he querido diferirla por mas tiempo: debia verificarse, y ser la primera y la última. Ignoro que esperanza culpable é insensata os ha conducido aquí... (*Movimiento de Luisa.*) Escuchadme, yo podia prorrumpir en quejas, en amenazas, y justamente ofendido del paso atrevido que habeis dado, mandaros salir; pero quiero escusaros estas reconvenciones. He sido injusto con vos, lo confieso, y por esta razon prefiero olvidar que habeis venido á insultarme. Si ahora estais turbada tranquilizaos, mis palabras deben ser frias y severas, como la resolucion que he tomado; pero no saldrá de mi boca ni una palabra tan solo que os haga sonrojar.

Luisa. Yo os doy mil gracias porque teneis presente á quien hablais. He sufrido demasiado, y tambien me he humillado mucho, para hallar en vos á lo menos una apariencia de respeto, y para subir puesto que estamos solos, del rango de una criada á quien se puede hechar á la calle, al de una mujer cuyas quejas es preciso escuchar, y que tiene derecho de poner condiciones á su silencio, en lugar de recibir la órden de callar. Quitémonos los dos la máscara que nos cubre á los ojos del mundo. Ya no hay aquí ni amo ni criada. Cuando vos veniais en otro tiempo á mi casa, yo no os obligaba á que me hablaseis de pié; hoy he venido yo á la vuestra, sentémonos caballero. (*Se sienta.*)

Enrique. Está bien... Habeis comprendido, ya lo veo, que en adelante todo se acabó entre nosotros... que ni lagrimas, ni ruegos, podrian hacer revivir un tiempo pasado, y volver á unir la cadena rota entre los dos. La amargura, y el orgullo de vuestro lenguage, me devuelven toda mi serenidad, y ya no temo herir vuestro corazon, pues que como el mio se ha vuelto indiferente,

Luisa. Sí, indiferente. No temais: no he venido aqui para probar si puedo volver á encender un amor apagado hace tres años.

Enrique. Pues entonces que aguardais de mí?

Luisa. Una reparacion.

Enrique. Era menester haberla pedido sin venir á buscarla vos misma.

Luisa. La hubierais dado?

Enrique. Si os hubiera dado mi palabra...

Luisa. He creido una vez en ella; ví que era falsa, y no he querido que me volvieseis á engañar... Sin duda os hubiera parecido conveniente que yo desde lejos apelase á vuestra piedad; mas he preferido venir en persona, y por mucho que tenga que sufrir vuestro orgullo con mi presencia lo sufrireis caballero.

Enrique. Os engañais: estraviado un instante he vuelto pronto al sentimiento de mi deber: acusadme de crueldad, dadme los nombres mas odiosos, consiento en ello; pero partireis!

Luisa. Y el secreto que quereis guardar?

Enrique. Matilde debe ignorarlo todo: yo daria mi vida por evitarla una pesadumbre; pero engañarla de esta manera, hacerla semejante ultraje! no, no; es imposible...! y antes que consentir en ello, sino me quedara mas que este medio, yo creo que á costa del reposo de toda mi vida y de la suya, preferiria acusarme á mi mismo!

Luisa. Se lo direis todo?

Enrique. Si; todo,

Luisa. Le direis que hace tres años, antes de conoceros, era yo pura, inocente, y que vos me habeis perdido?

Enrique. Sí.

Luisa. Le direis las mentiras que empleasteis para engañarme, á mí, que debia llevar un dia vuestro nombre? Asi me lo habiais prometido.

Enrique. Se lo diré.

Luisa. Desgraciado! Le direis tambien que la niña que habeis acogido es vuestra hija?

Enrique. Mi hija!

Luisa. Sí, vuestra hija, á quien he arrancado de mis brazos para depositarla como una huérfana en le puerta de su padre! y al aspecto de esta niña no se ha despertado nada en él! Se ha presentado á mi vista con la mayor frialdad. Sin duda pensaba que yo habia venido aquí como una mujer perdida, á mendigar una sonrisa, una caricia!! Me ha escusado sus reconvenciones! y puede ser que dude todavia.

Enrique, Mi hija!

Luisa. Si no hubiera sido por ella. me hu-

bierais vuelto á ver? no sabia yo que me habiais abandonado y vendido? He llorado amargamente mi desgracia, he querido morir lejos de vos para no esponerme á vuestro desprecio. péro podia hacerlo? era madre! un nuevo sentimiento mas poderoso que la vergüenza me sujetaba á la vida; y he jurado vivir para mi hija, y servirla de apoyo: he jurado protejerla, para que no se viera como su madre, sola, aislada en el mundo sin defensa y sin protectores... la he puesto en vuestras manos, caballero, porque vos sois mi cómplice, es vuestra hija, y os pertenece tanto como á mí.

Enrique. Qué habeis hecho?

Luisa. Mi deber: hareis vos el vuestro?

Enrique. Qué me pedis?

Luisa. Nada para mí, todo para ella. Cuando despues de tres años de trabajos y de investigaciones he llegado á saber quien erais, Dios me ha inspirado este pensamiento: yo nada podia hacer por esta desgraciada criatura, solo podia sacrificarla mi vida; pero vos señor sois rico.

Enrique. Os comprendo: la suerte de esta niña quedará asegurada... De que manera...? no lo sé todavia; pero este es mi deber y me obligo á cumplirlo. La abrazaré una sola vez en secreto, y en seguida partireis con ella.

Luisa. No señor.. no es eso lo que espero de vos. Ved aqui lo que exijo: Quiero que la deis un nombre, una fortuna, un rango en el mundo; en fin quiero que hagais por ella lo que se hace con un hijo... Se quedará con vos.

Enrique. No puedo.

Luisa. Dareis á la hija lo que habeis quitado á la madre, una familia! y el derecho qué tiene toda jóven de andar con la cabeza levantada y sin sonrojarse: á este precio, á este precio tan solo me alejaré: el dia en que vos digais solemnemente, esta niña es mia, yo la adopto; este dia habreis comprado vuestro reposo y mi silencio.

Enrique. Paulina...! (*Con furor.*)

Luisa. Yo partiré... no quedará aquí ni aun un recuerdo en el pensamiento de mi hija, de la que me acordaré siempre... nadie se inquietará por mi... nadie os preguntará lo que ha sido de vuestra criada, mi huella se perderá en el mundo, y es demasiado grande para que se note en el una infortunada mas. Si yo muero ó vivo, poco importa, habré cumplido mi mision, y se salvará mi hija. Dios para mí en el cielo; para ella su padre en la tierra.

Enrique. Qué es lo que decís! Vamos, quiero ver á mi hija.

Luisa. Si, si... arrodillado conmigo cerca de ella hareis el juramento que os pido... venid... venid...

Enrique, Alguien viene! Matilde quizá... dejadme... dejadme..

Luisa. Y vuestra promesa?

Enrique. Silencio! es ella... si entrase...! turbados así los dos... si nos viese...!

Luisa. Allí os aguardo.

Enrique. Iré... iré... Silencio! (*Vase.*)

Luisa. Ah...! apesar mio. Conozco que le amo todavia ...!

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

CARLOS *solo.*

Es imposible hacerme ilusion por mas tiempo: esta mañana creia que podia esperar, ahora seria forzoso tener mucho amor propio para equivocarme respecto á mi situacion con Matilde. No me ha recibido muy bien, y sin embargo estaba turbada! ha sido preciso regresar, y á no ser por una visita que llegó muy oportunamente, hubiera Enrique conocido su agitacion. Oh! estas mujeres de virtud rijida y austera!... Y sin embargo, la conquista de esta seria muy gloriosa. ¿Cómo la obligaria á salir del círculo que se ha trazado y dentro del cual se obstina en permanecer? De quien tomaré consejo, del amor, de la casualidad, del despecho ó de alguna sospecha deslizada en su alma con la mayor destreza? Mucho me engaño, sino ha pasado aquí alguna cosa estraordinaria desde ayer. Enrique es el modelo de los hombres para su esposa: la fidelidad á sus deberes es sin duda el secreto de alguna falta, está triste é inquieto á pesar de que procura disimularlo. Sí; y ahora recuerdo su turbacion al aspecto de esa jóven, y que se han hablado rapidamente: Oh! desde este instante no se pronunciará aquí una palabra, no se hará un

movimiento, no se lanzará una mirada sin que yo la oiga, sin que yo la observe, sin que yo la interprete.

ESCENA II.

CARLOS, MANUEL.

MANUEL. Señora Luisa, señora Luisa, en donde estais?

CARLOS. Para que la buscas?

MANUEL. Perdonad, no sabia que estabais aquí. Habeis visto á la señorita Luisa?

CARLOS. No: de parte de quien la buscas?

MANUEL. De la mia: Para charlar un rato con ella.

CARLOS. Ola! te divierte su conversacion?

MANUEL. Muchísimo: Y no será porque ella hable mucho, porque jamás abre la boca, pero por lo que hace á mí, tengo un vivo placer en hablar delante de ella, y sobre todo en mirarla: Sí; esto me regocija, y me pone de buen humor.

CARLOS. Pues no lo tomas con poco calor; y eso que todavía no hace veinte y cuatro horas.

MANUEL. Es verdad; pero en las veinte y cuatro horas no he hecho mas que pensar en ella, y de tal modo me ha trastornado, que cuando esta mañana me dijo la señora que fuese á acompañarla, me dieron ganas de llorar. Como me habia yo de imaginar que el amo, que un cuarto de hora antes me habia dicho que se marchaba, habia de haber cambiado tan pronto de parecer!

CARLOS. Si; él debia acompañarnos. Y se ha quedado. (*Ap*)

MANUEL. Parece que lo hace á propósito: él que no me ocupaba nunca, está todo el dia aquí, pues, para buscarme... para...

CARLOS. Vea V.

MANUEL. Esto si que es ser desgraciado! Qué pensais de ello, señor Carlos?

CARLOS. Lo que pienso es, que si tuviera un criado que se atreviese á criticar lo que yo hago, lo pondria en la calle inmediatamente.

MANUEL. Ah! yo no quiero esponerme á eso, porque no podria ver mas á la señorita Luisa. Ah! allí viene. Quereis que me quede?

CARLOS. Cómo es eso? á mí me tocaba mas bien pedirte el permiso.

ESCENA III.

DICHOS, LUISA *con una obra de bordado en la mano.*

CARLOS. En efecto es muy bonita. (*Ap.*)

LUISA. Perdonad, me retiro.

CARLOS. Porqué? Os incomodo?

LUISA. Vos, señor? Al contrario, yo temia que mi presencia...

CARLOS. Es que yo no tengo secretos que ocultar. (*Con intencion.*)

LUISA. Ni yo tampoco, caballero.

CARLOS. Es verdad lo que decis? no teneis nada que confiar, ni que os confien? No hay aquí nadie que os busque, y á quien vos busqueis con preferencia á nadie?

LUISA. No señor.

CARLOS. Tened cuidado con lo que decís; nada es mas peligroso, ni mas necio que una mentira con la que no se engaña. Y si yo lo supiera todo?...

LUISA. Caballero!...

CARLOS. (Se ha turbado.) Ved al indiscreto. (*Señalando á Manuel.*)

LUISA. Qué ha dicho?

CARLOS. No me lo habias confesado?

MANUEL. Yo no os he dicho nada de eso, señor: sino que vos siempre interpretais mis palabras, y os habeis figurado...

CARLOS. Tan tímido es el uno como el otro! Pobre inocente que no sabe que la aman porque no se lo han dicho! Quizás tambien ignorará que es bonita, que tiene mucha gracia, y cierta elegancia en sus maneras, y que el trabajo no ha alterado en nada la blancura y la delicadeza de sus manos. (*A Manuel.*) En tu lugar, haria todo lo posible para recibir un bofeton de tan linda mano.

MANUEL. Gracias, yo quisiera mejor...

CARLOS. Entretanto...

(*Luisa quiere retirar la mano, que Carlos le ha tomado, y se la besa.*)

CARLOS. Oh! llorais?

(*Luisa retira la mano y baja la cabeza.*)

LUISA. No: Sé muy bien, caballero, que en mi condicion no se tiene el derecho de imponer silencio á nadie. Permitidme que os diga que es bajaros mucho el ocuparos asi de mí, y que no debo ver en vuestros elojios sino una intencion burlona.

CARLOS. Perfectamente.

MANUEL. Señorita Luisa, el señor ha dicho la verdad; y si consintieseis en oirme...

ESCENA IV.

DICHOS, ENRIQUE.

MANUEL. Ya está allí! ya estaba seguro de ello! justamente ha venido á interrumpirnos en el crítico momento...

CARLOS. En verdad que eres muy desgraciado.

ENRIQUE. Creí no hallar aquí á nadie! (*Ap.*) Manuel?

MANUEL. Señor?...

ENRIQUE. Dejadnos.

MANUEL. Ya me voy, ya me voy. (*Vase.*)

CARLOS. Si se atreverá á decirme á mí otro tanto!

ESCENA V.

CARLOS, ENRIQEE, LUISA,

ENRIQUE. Cómo haria para que se fuese! (*Ap.*)

CARLOS. (*Ap.*) Ayudémosle; de todos modos yo no adelantaré nada quedándome aquí. (*Alto.*) Escucha. Mr. Prevál debe volver hoy para que le entregues un programa político, si quieres iré á redactar los principales artículos.

ENRIQUE. Tendré mucho placer en ello.

CARLOS. Yo los coordinaré segun el uso; y con este primer paso me atrevo á asegurarte que conseguirás todos los votos.... en fin, yo respondo de todo... Ah! á propósito.... acabo de saber una cosa.

ENRIQUE. El qué?

CARLOS. Parece que tu nueva camarera, que es bonita á fe mia, no se si lo habrás notado como yo, ha trastornado la cabeza á Manuel... Tiene por ella una verdadera pasion, está enamorado, loco, esta jóven tiene un aire muy modesto, reparalo: yo te lo prevengo porque tu mujer puede notarlo, y... adiós, adiós.

ENRIQUE. Adiós.

CARLOS. (*Ap.*) Ahora no hay mas que tener paciencia, observar y procurar sacar partido de lo que he descubierto. (*Vase.*)

ESCENA VI.

LUISA, ENRIQUE.

ENRIQUE. Nosotros no debiamos habernos vuelto á hallar juntos sin necesidad; una palabra, una seña puede descubrir lo que tanto nos interesa á ambos ocultar.

LUISA. Yo no os buscaba, os creia con vuestra esposa.

ENRIQUE. La espero, pues debe venir aquí.

LUISA. Que os ha dicho el señor Carlos? Yo temo...

ENRIQUE. Solo me ha hablado de Manuel... Pero vos teneis algun recelo, es menester estar con mucho cuidado. Espero que mañana os marchareis.

LUISA. Cumpliré mi promesa cuando vos hayais cumplido la vuestra.

ENRIQUE. No hay medio de sustraerme á ello, pero si supierais lo que me cuesta!... cuando ví hace poco á mi hija, un sentimiento desconocido se ha despertado en mí, y mi corazon palpita todavía agitado por tan dulce emocion... Ayer, el verla hácia mis delicias, sentia un vivo placer al ver las caricias que Matilde prodigaba á esta niña; pero hoy me hacen mal y son mi tormento! Ayer con el corazon tranquilo, y la frente serena hubiera dicho á mi esposa, «adoptemos á esta niña.» Hoy al decírselo, me sonrojaria y las palabras se detendrian en mis lábios... Ah! porque me lo habeis descubierto! No os perdonaré jamás lo que me obligais á hacer!...

LUISA. Si lo haceis..... yo os lo perdonaré todo.

ENRIQUE. Matilde!

ESCENA VII.

DICHOS, MATILDE.

MATILDE Me aguardabas?

LUISA. Me necesitais, señora?

MATILDE. No. (*Vase Luisa.*)

ESCENA VIII.

DICHOS *menos* LUISA.

MATILDE. En fin, ya estamos solos, amigo mio, creí no poderme desembarazar de esta visita. Tengo que confiarte una cosa.

ENRIQUE. Yo tambien tengo que decirte, Matilde.

MATILDE. Es cosa muy importante?

ENRIQUE. Quizá... Ya lo verás. Y la tuya?

MATILDE. Oh! la mia... pero no quisiera que la tomaras con seriedad.

EERIQUE. Habla.

MATILDE. No, tú primero, ya te escucho.

ENRIQUE. (Oh! Yo no podré nunca.) No, Matilde, tú.

MATILDE. Lo que te tengo que confiar es tan nuevo para mí, que á pesar de tu amor, me encuentro indecisa, turbada... Habla tú, amigo mio, dime ese gran secreto, yo te lo ruego, lo quiero... de qué se trata? de tu dicha, no es así?

ENRIQUE. Oh! yo no aceptaré jamás un sacrificio que te costará un sentimiento.

MATILDE. Hace mucho tiempo que tienes el deseo de hacerme esa confianza?

ENRIQUE. Algunos dias solamente.

MATILDE. Algunos dias! qué te ha sucedido? es necesario que me ayudes un poco.

ENRIQUE. Es un secreto antiguo, que una circunstancia imprevista ha despertado.

MATILDE. Son sin duda proyectos del porvenir para...

ENRIQUE. Matilde, para esa niña.

MATILDE. Ya te comprendo, amigo mio, ya te comprendo. Sí, yo tambien quiero asegurar su porvenir, habia ya pensado en ello.

ENRIQUE. Tú, tú! podrás amarla como á una hija!

MATILDE. Y porqué no? Es una pobre huérfana que hubiera muerto de hambre y de frio si nosotros no la hubiéramos recogido. Ah! yo gozo de un gran placer siempre que la estrecho entre mis brazos, y me hace derramar lágrimas la memoria de su abandono: esta idea, este pensamiento le hemos tenido á la vez, mi querido Enrique.

ENRIQUE. Matilde, porqué corren tus lágrimas?

MATILDE. No es nada. un recuerdo, un pesar... Hay matrimonios que el cielo ha bendecido concediéndoles un hijo; yo me consolaré de no ser madre, llamando á esta niña mi hija y amándola como si lo fuera... nosotros no tenemos familia, ni parientes, y es menester dejar á alguien nuestra fortuna. Educada por nosotros, nos amará como á padres. Sí, consiento en ello, y te doy las gracias por haberlo pensado.

ENRIQUE. Oh! qué culpable soy! (*ap.*)

MATILDE. Amigo mio!

ENRIQUE. Matilde mia! estás segura de tí? estás segura de poderla amar? Oh! repítemelo.

MATILDE. La amo ya. Durante tus ausencias, si me dejas, esta niña será mi sola distraccion; no tendré otra... no quiero amistades nuevas, pues las mas antiguas no siempre son sínceras.

ENRIQUE. Qué quieres decir?

MATILDE En nuestra casa hay una persona á quien no debo volver á ver mas: una que se vende por tu amigo.

ENRIQUE. Carlos!!!

MATILDE. He vacilado largo tiempo antes de resolverme á esta declaracion; pero habias notado mi turbacion, y para ocultarla ha sido menester buscar escusas, pretestos... Una confianza absoluta no es entre nosotros el primero de nuestros deberes?

ENRIQUE. Y qué! Carlos?

MATILDE. Cálmate, amigo mio.

ENRIQUE. Habla, habla.

MATILDE. No tengo nada de que sonrrojarme, yo lo juro; tú lo crees, no es verdad?

ENRIQUE. Sí, sí, acaba.

MATILDE. Ayer por la primera vez tuvo conmigo una conversacion bien estraordinaria que le hice interrumpir. No te he dicho nada porque creia haber comprendido mal... solo acusaba la ligereza de sus principios, y creia que me bastaba á mí estar prevenida contra ellos, y á él le bastaria el ver que no los escuchaba.

ENRIQUE. Y se ha atrevido...

MATILDE. Me ha hecho una declaracion: á sus primeras palabras me sorprendí; y él sin duda creyó ver en mi turbacion, y quizá en mi silencio... porque estaba muda y temblando... creyó ver la indecision de una mujer que va á ser culpable..... qué sé yo? me ha dicho que me amaba... Oh! entonces la indignacion me sacó de mi sorpresa, me devolvió toda mi energía y le mandé callar, huí de su presencia y toda conmovida he venido aquí para buscar cerca de tí un asilo contra sus persecuciones.

ENRIQUE. Oh! infame! burlarse así de los vínculos mas santos! burlarse así de la amistad! atentar contra el honor de aquella á quien he dado mi nombre, mi amor y toda mi vida!

MATILDE. Tranquilízate... Oh Dios mio! he ahí lo que temia; tu cólera, tu ira, tus arrebatos: soy una loca en habértelo dicho. Porqué das á esto tanta importancia? yo soy la ofendida y no se la doy: su presuncion debe hacernos reir, pues su vergüenza es bastante castigo. Quieres que me encargue yo de declararle...

ENRIQUE. No; eso me toca á mí.

MATILDE. Amigo mio...

ENRIQUE. No temas; yo le haré entender que no debe permanecer aquí por mas tiempo.

MATILDE. Pero sin violencia, sin escándalo.

ENRIQUE. Bien, te lo prometo.

MATILDE. Voy á escribir al señor Sorlí que venga. Adiós; acuérdate de tu promesa. Adiós, adiós. *(Vase.)*

ESCENA IX.

ENRIQUE *solo.*

Tanta perfidia de mi parte, y tanto amor y bondad de la suya! Ah! esta bondad, esta virtud son mi mayor suplicio. Me sonrojaba en su presencia, y me avergüenzo de lo que he obtenido. Veinte veces he estado para declarárselo todo y veinte veces han espirado las palabras en mis lábios: ahora es preciso callar; pero juro que Matilde lo sabrá todo mas tarde; mas tarde romperé el velo que oculta estas mentiras á que mi falta me ha obligado; dentro de algunas horas respiraré al fin con libertad: no veré mas al rededor de mí, ni cómplice ni enemigo: habré ocultado en el fondo y en el silencio de mi corazon, el secreto que podia perderme; dentro de algunas horas los dos partirán. Ocupémonos de él primeramente. Matilde me ha dado el derecho de mostrarme severo. su honor es el que voy á defender, su reposo el que voy á asegurar.

ESCENA X.

ENRIQUE Y CARLOS.

ENRIQUE. Iba á buscaros.

CARLOS. Vos! (Estraño recibimiento!)

ENRIQUE. Es necesaria una esplicacion entre vos y yo.

CARLOS. Estoy pronto á escucharte; puedes empezar cuando gustes.

ENRIQUE. No advertís que no os hablo con familiaridad? que no os tuteo?

CARLOS. En efecto, no soy sordo ni ciego.

ENRIQUE. Yo lo he sido mucho tiempo! pero ya he abierto los ojos. Os habia concedido mi confianza, os creia mi amigo, y despreciando este título...

CARLOS. Basta de frases inútiles. Qué tienes que echarme en cara?

ENRIQUE. La declaracion que habeis hecho á mi esposa á quien debiais respetar.

CARLOS. Quien te lo ha dicho? *(friamente.)*

ENRIQUE. Ella misma. Ya podeis conocer que es preciso que salgais de esta casa para siempre.

CARL. Vamos cálmate.

ENRIQUE. Oh! no apureis mi paciencia.

CARLOS. Y tú no abuses de mi discrecion.

ENRIQUE. Qué quereis decir?

CARLOS. No tengo la costumbre de hacer el papel de moralista; mas si me diese alguna vez deseo de reformar el mundo, creeria de justicia que debia empezar por mí, y dirigirme mi primer sermon. Si mis palabras son oscuras, aquí hay una persona á quien tu puedes encargar su comentario.

ENRIQUE. Caballero!

CARLOS. Ah! parece que me comprendes.

ENRIQUE. *(ap.)* (Como habrá llegado á saber...?)

CARLOS. Y bien, caballero...! *(con ironia.)*

ENRIQUE. (Yo bajo la dependencia de este hombre! Oh! no, no.) *(alto.)* Sean las que quieran vuestras suposiciones, no olvideis que debeis salir de mi casa.

CARLOS. Sí, pero presos los dos en lazos que nosotros mismos nos hemos tendido, tengo por mi parte derecho á marcharme de una manera que no me ponga en ridículo.

ENRIQUE. Basta, basta; ya no nos queda mas que una palabra que decirnos, veamos si os conviene que se pronuncie.

CARLOS A tí te toca decirla.

ENRIQUE. Pues bien...! Matilde! Hagamos este *(aparte y reprimiendose)* sacrificio para su reposo. *(alto.)* Cuando partireis?

CARLOS. Dentro de dos horas: necesito este tiempo para hallar un pretesto á mi partida.

ENRIQUE. Está bien: pero si hasta entonces sobreviniese algun disgusto en esta casa, á vos solo os pediré cuenta de él.

CARLOS. Bien!

ENRIQUE. Dentro de dos horas! Oh! paciencia paciencia!

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

SORLÍ. *poco despues* CARLOS.

SORLÍ. (*A Manuel entrando.*) Decid á la señora Matilde que estoy aqui: y bien, señor Carlos, no entrais?

CARLOS. Sí; estaba reflexionando en el partido que debia tomar.

SORLÍ. Donde ibais cuando os he encontrado?

CARLOS. Paseaba por casualidad, combatido de estrañas ideas, porque habeis de saber que he recibido hoy mismo una afrenta.... una de esas afrentas que es menester devorar en silencio, porque su publicidad no haria mas que agravarlas: mi amor propio ha sido cruelmente herido, y estoy vacilando entre el perdon y la venganza.

SORLÍ. Lo que decís me admira y me aflige. Pero, en fin, sea cual fuese la ofensa, y de cualquier parte que venga, me parece mucho mejor mostrarse generoso.

CARLOS. Sí; para que el mundo se ria á mi costa. Se puede ser generoso, cuando no se tienen medios de perjudicar y es menester, á lo menos, que yo trate de procurármelos..... despreciar la injuria cuando es leve, lo concibo; pero huir delante de ella, confesar así su cobardía y su debilidad, es demasiada virtud, y yo no seré jamás de esos perfectos cristianos que esperan impasibles el segundo bofeton; yo no quiero que caiga sobre mí el ridículo,.. estas son las ideas que me ocupaban cuando me encontrasteis.... pero vos tambien pareceis preocupado..... es por algun negocio administrativo?

SORLÍ. No... uno de mis antiguos amigos, á su vuelta de un largo viaje, acaba de darme una desagradable noticia; y es la desaparicion de una persona á quien he conocido en otro tiempo.... me ha suplicado que haga todas las investigaciones para averiguar su paradero.... Hace poco cuando llegaba aquí, he creido distinguir á lo lejos, en el parque, á una jóven muy parecida...

CARLOS. Una jóven?.. Aquí no hay mas que Luisa la nueva camarera.

SORLÍ. Puede ser que me haya engañado.

CARLOS. Quién sabe? En vuestro lugar no me quedaria yo en duda: Tengo por sistema profundizarlo todo.

SORLÍ. Eso es lo que haré.

CARLOS. Bravo! me gustan sobremanera los misterios, cuando conducen á un descubrimiento.

SORLÍ. No sé si el criado habrá hecho lo que le encargué. Matilde no viene.

CARLOS. Estará con su marido.

SORLÍ. Es un matrimonio muy unido!

CARLOS. Si, muy unido: lo que se dice al uno es como si se le dijera al otro.

SORLÍ. Ah! vedlos.

ESCENA II.

DICHOS, MATILDE, ENRIQUE.

MATILDE. Perdonad si os hemos dejado solo. (*A Sorli.*)

SORLÍ. Solo, no señora, estaba en compañia muy amable.

MATILDE. Todavía aquí Carlos. Y qué, amigo mio, no le has despedido? (*Ap. y bajo á su marido.*)

ENRIQUE. Pronto partirá, Matilde.

MATILDE. Habeis recibido mi aviso? (*A Sorli.*)

SORLÍ. En el mismo momento en que iba á venir para anunciaros una noticia escelente: hemos triunfado, señora: nuestro querido Enrique será nombrado por una crecida mayoria. Estoy muy cierto de ello.

MATILDE. De veras? Vuestra influencia habrá decidido su eleccion?

SORLÍ. Habeis de saber, señora, que este resultado favorable se ha debido á los esfuerzos de otro.

ENRIQUE. Del señor Carlos?

SORLÍ. Cuanto trabajo se ha tomado por proporcionaros los votos, y para hacer valer vuestros títulos! Vos debereis vuestra eleccion en primer lugar á vuestro mérito, y luego á vuestro amigo.

ENRIQUE. Os doy gracias, señores, por vuestro celo, y siento mucho que sea inútil, porque renuncio á mis pretensiones.

SORLÍ. Qué oigo! es posible?

Matilde. Amigo mio!
(*Tomando la mano á su marido.*)

Enrique. Un desórden en mis negocios que acabo de saber...

Sorlí. Vamos! si no es mas que eso, teneis muchos amigos..... yo el primero..... el señor Carlos...

Enrique. Mil gracias! mi querido Sorlí: por favor no insistais mas.

ESCENA III.

DICHOS, MANUEL.

Manuel. Señor, la persona que vino ayer, pide permiso para hablaros.

Enrique. El señor Prevál!

Carlos. Viene á buscar tu programa.

Sorlí. Y bien, que vais hacer?
(*A Enrique.*)

Enrique. Presentarle mis escusas, y despojarme con anticipacion de un mandato que el honor me prohibe aceptar.

Sorlí. El honor?

Matilde. Tiene razon.

Carlos. Piensa antes lo que vas á hacer, Enrique: vas á perder tu porvenir.

Enrique. (*Bajo.*) Así no os deberé nada, caballero, y dentro de un instante vendré á despediros. (*Vase.*)

ESCENA IV.

CARLOS, MATILDE, SORLÍ.

Sorlí. Qué cambio tan repentino! Es así como se trata un asunto tan importante?

Matilde. Ah! no le acuseis! nunca como ahora fué mas digno de estimacion.

Sorlí. Puesto que vos lo decis, no dudo de ello. Pero tratemos del objeto de vuestra carta.

Matilde. Es que yo temo... estos pormenores podrian molestar al señor Carlos.

Carlos. Os equivocais, señora. No me queda mas que una hora que estar aquí, y os suplico que no me rehuseis el favor de pasarla á vuestro lado.

Matilde. (*Con intencion.*) Puesto que lo deseais, tendreis el placer de saber los proyectos que he formado para la dicha de mi marido y mia, que es una misma á nuestros ojos.

Carlos. Como á los suyos supongo.

Matilde. Si, y tengo orgullo en decirlo, y en repetirlo: no es solo el deber el que me liga á él, porque si estuviera en el caso de hacer una nueva eleccion, conozco que le preferiria á todos los hombres.

Carlos. Tanto mejor, señora.
(*Va á salir y se detiene.*)

Matilde. Quedaos. Sí, tengo el mayor placer en estudiar sus gustos y sus inclinaciones, en adivinar sus pensamientos; así es, que he conocido la estrema aficion que tiene á nuestra Matilde; él la busca muchas veces, y la abraza ocultamente, y tanto cariño la ha tomado, que me causa celos.

Carlos. (En tan poco tiempo es singular.)
(*Ap.*)

Matilde. Asegurar la suerte de esta pobre huérfana, seria hacerle dichoso, y tal vez podríamos por medio de una adopcion... Qué decís de este proyecto, señor Sorlí? Veis en ello alguna dificultad?

Sorlí. Veo una muy grande. Lo primero que la ley exije, es cierta edad á la cual, á Dios gracias, estais muy lejos de llegar.

Matilde. Sin embargo, se han visto obligaciones de esta naturaleza, contraidas por esposos jóvenes; hace poco que Luisa me citaba varios ejemplos de ellas.

Carlos. Ah! la doncella se mezcla tambien en este negocio?

Sorlí. Yo he debido deciros lo que exije la ley; pero nada impide por otra parte, que se forme un compromiso de honor como el de que os han hablado. Si creeis que la adhesion de un funcionario civil dá mas valor á tal declaracion, yo estoy pronto desde luego á recibirla. En cuanto al momento presente, dispensadme, tengo que despachar unos asuntos urjentísimos.

Carlos. Entre otros el de que me acabais de hablar... no teniais que hacer á la señora algunas preguntas sobre este particular?

Sorlí. Esto no es mas que una conjetura.

Matilde. No importa, hablad.

Sorlí. Una jóven está sirviéndoos desde ayer, y dice que se llama?...

Matilde. Luisa... Luisa Durand.

Sorlí. No es eso: Sabeis quien es, de donde viene... os la han recomendado sin duda?

Matilde. No: me interesó desde el primer instante, por el encanto de su fisonomia: su lenguaje me agradó, y la he tomado sin informes, y por decirlo así, para probar.

Sorlí. Es posible?

CARLOS. Conoceis á alguno de su familia?

SORLI. Un escelente sujeto; un marino que al partir para un viaje, la dejó en su casa; y cuando volvió habia desaparecido.

CARLOS, Robada?

SORLÍ. No: seducida por un jóven á quien no se conocia en el pais, y que la abandonó al poco tiempo: la pobre niña, queriendo ocultar su desesperacion, y huir del teatro de su deshonra, se escapó secretamente para vivir en un retiro ignorado... Su hermano creyó que habia muerto; pero parece que se la ha visto por estas cercanias. Esto es á lo menos lo que me escribe.

MATILDE. Y vos suponeis que esta pobre jóven seria?...

SORLÍ. Vuestra doncella Luisa, cuya semejanza me ha chocado hace poco.

MATILDE. Aguardad! algunos detalles de esta historia, están conformes á la narracion que ella me ha hecho... sin embargo... decís que la reconoceriais?

SORLÍ. Sin duda, la he visto otras veces en casa de su hermano.

CARLOS. En donde?

SORLÍ. En Lambzac.

CARLOS. En Lambzac!

MATILDE. Qué teneis?

CARLOS. Nada señora... un recuerdo... he oido hablar de una aventura muy parecida á esta. En Lambzac! (no hay duda, de allí fué de donde me escribió.) (*Ap.*)

MATILDE. Voy á hacer que venga. Oh! no! he cambiado de idea. Ella se sonrojaria delante de vos; yo la preguntaré á solas de un modo que no la pueda ofender... tened la bondad de retiraros á esa pieza inmediata; y yo iré muy pronto á daros cuenta de lo que haya averiguado.

SORLÍ. Siempre buena y obsequiosa!.. Cuan agradecido os estoy... por el trabajo que os tomais!

MATILDE. No debo yo pagar los que vos habeis tomado por nosotros?

ESCENA V.

MATILDE, ENRIQUE Y CARLOS.

(*Carlos se ha dirijido hácia la puerta del foro; pero cuando Sorlí ha salido, vuelve hácia á Matilde.*)

MATILDE. Caballero!... (*Saludándole.*)

CARLOS. Antes de marcharme, es preciso que yo os hable, señora.

MATILDE. No tengo nada que oir de vos.

CARLOS. No seais tan cruel, yo os lo suplico! qué? mi arrepentimiento no merece perdon? Permitidme permanecer aquí algunos dias.

MATILDE. Todavía os atreveis!

CARLOS. Sí, espero vuestro perdon. No me rechaceis en nombre del cielo!

MATILDE. Caballero!...

CARLOS. Consentid tan solo en que vuelva. Vuestro marido me recibirá porque yo sé el medio de que no se niegue.

MATILDE. Dejadme.

CARLOS. Mirad lo qué haceis! vos ignorais..

MATILDE. Dejadme os repito.

CARLOS. No me hagais sufrir tantas humillaciones! Quien sabe sino tendriais qué arrepentiros!

MATILDE. Me amenazais!

CARLOS. No, no... os lo ruego con la mayor humildad. Matilde! permitidme que os vuelva á ver.

MATILDE. Jamás!

CARLOS. Por mí, y por vos misma, os lo suplico de rodillas.

MATILDE. Salid, caballero, salid al instante, ó llamo ..

CARLOS. Basta, señora; pues lo quereis sereis obedecida: ya no imploro ni espero nada de vos, me retiro; adiós. (*Vase.*)

ESCENA VI.

MATILDE *sola.*

Qué audacia! el tono de ese hombre me ha asustado: Porque razon se atreve á amenazarme como si fuese árbitro de mi suerte? Me arrepentiria de haberle rechazado! Que tengo yo que temer aquí, en mi casa, y bajo la proteccion de mi esposo? Quien viene?

ESCENA VII.

MATILDE, LUISA.

LUISA. Habeis llamado?

MATILDE. En efecto, os llamé hace poco: acercaos, tengo que hablaros.

LUISA. Pareceis muy conmovida.

MATILDE. No será nada: Ya estoy tranquila y lo estaré mas, durante la conversacion que vamos á tener.

Luisa. Una conversacion, señora? qué ha pasado?

Matilde. Voy á decíroslo. Ayer, cuando os presentasteis en mi casa, yo os recibí con bondad: vos no teniais amigos ni protectores; y sin mas informes, me atuve á lo que vos me dijisteis. Una confianza tan completa, merecia ser mas agradecida, porque vos me habeis engañado.

Luisa. Gran Dios! si sabrá?... (*Ap.*)

Matilde. En primer lugar os habeis presentado aquí con un nombre que no es el vuestro. Otro es el que teniais en Lambzac.

Luisa. Todo lo sabe! (*Ap.*)

Matilde. Ya lo veis: aquí sabemos todo lo que os concierne, y vos debeis por una confesion sincéra de vuestras faltas...

Luisa. De mis faltas! yo no he cometido ninguna, señora.

Matilde. Como!...

Luisa. Yo no he cometido ninguna, os lo repito: y si me he atrevido á venir á esta casa, es porque he sido impelida hácia ella por la fatalidad, ó por la Providencia tal vez, que mostrándome un deber que cumplir, preparaba en efecto el castigo del verdadero culpable.

Matilde. Qué dice? (*Ap.*) Qué exaltacion en su lenguaje! Tranquilizaos.

Luisa. Ah! yo no queria agravar á vuestros ojos las faltas del que me ha perdido; pero sin eso, como podré justificarme? es menester que os lo diga, señora; yo era muy jóven todavía, hace tres años; y vivia sóla, sin proteccion de ninguna clase, y sin esperiencia, cuando él me conoció: se me apareció tierno, amable, solícito, armado de todos los recursos de la seduccion, y me ofreció su corazon y su mano. Sí, señora, él decia que era hijo de un negociante: juraba amarme siempre, ¡y no amar mas que á mí sola. Podia yo resistir, yo, pobre criatura á quien este lenguaje era desconocido? Me fié de él, yo le creia sincero, le creia libre, mas ay! ignoraba, señora, porque de otro modo le hubiera aborrecido, ignoraba que estaba casado.

Matilde. Casado decís? estaba casado? De qué hombre hablais?

Luisa. Qué, no lo sabeis?

Matilde. Como lo he de saber?

Luisa. No lo he nombrado?

Matilde. No; pero por vuestras palabras, por esa turbacion parecia,. que yo lo conozco,. y que...

Luisa. (Imprudente!) Ah! señora, no supongais... me habré espresado mal... el desórden de mis ideas... el estravío de mi imajinacion... he sufrido tanto! Oh! Dios mio!...

Matilde. Acabad, decís que hace tres años?

Luisa. He dicho yo tres años?... hace mas, sí, mucho mas.

Matilde. Conque entonces, no es él?

Luisa. Quien señora?

Matilde. Ah! soy una loca! el jamás ha estado en ese pais... que sospecha tan ridícula! me avergüenzo de haberlo concebido. Tranquilicémonos.

ESCENA VIII.

DICHOS Y MANUEL *con una carta.*

Manuel. Señora...

Matilde. Qué me quereis?

Manuel. Aquí teneis una carta que me ha dado el señor Carlos para que os la entregue.

Matilde. Devolvédsela.

Manuel. La carta no es de él; es un papel escrito por el amo.

Matilde. Dádmelo.

Manuel. El señor Carlos me ha encargado que la leais al momento.

Matilde. Está bien. (*Vase Manuel.*)

ESCENA IX.

MATILDE Y LUISA.

Matilde. Hay aquí, hija mia, un amigo de vuestro hermano, que es el que os ha conocido, el señor Sorlí: Os he afligido, hablándoos severamente; pero era menester saber la verdad; y he querido mejor encargarme de este cuidado que dejárselo á otro. El señor Sorlí vá á escribir á Lambzac para dar noticias vuestras. Podeis, si gustais, aguardar en esta casa la contestacion, que yo espero sea favorable... ya podeis retiraros.

Luisa. Ah! señora, cuantas bondades! Bendito seais, Dios mio! no sospecha nada. (*Vase.*)

ESCENA X.

MATILDE *sola.*

Pobre niña!... Qué significará este papel? (*Lee el sobre*) «Al señor Carlos.» Es en efecto

una carta de mi marido.. no comprendo.. veamos. (*Lee.*) «Amigo mio, me preguntas que «negocio particular me ha conduçido y me de- «tiene en Lambzac!!!» (Ah!) (*Volviendo á leer.*) «Que, negocio particular me ha conducido y «me detiene en Lambzac !!! » En Lambzac *!*... Luego ha estado allí !... esta carta.. esta era.. Ah *!* ya lo comprendo todo ! .. he sido engañada, vendida por él, por él !..... Enrique ! donde está ? esta mujer !..... su nombre ?..... Luisa ! Luisa !

ESCENA XI.

MATILDE. SORLÍ *entrando por la izquierda,* LUISA *por el cuarto de la derecha, y poco despues* ENRIQUE.

SORLI. Qué hay ?

MATILDE. Venid, desgraciada, venid, reconoceis esta mujer ?

(*Matilde toma de la mano á Luisa y se la presenta á Sorli.*)

SORLÍ. Paulina !

ENRIQUE. Qué oigo !

MATILDE. Y vos, señor, la reconoceis ? (*A su marido.*)

ENRIQUE. Cielos !

MATILDE. Miradla, y ved si se sonroja la que sin el menor pudor ha seguido á su amante hasta el lado de su esposa ! Era demasiado poco escandalizar fuera de aquí, era menester instalarse en mi casa.

ENRIQUE. Señora !

SORLÍ. Qué decís ? Oh cielos! tened cuidado!

MATILDE. Dejadle, dejadle hablar ya me está oyendo: veamos si se atreve á tomar la defensa de esta mujer.

LUISA. Señora !...

MATILDE. Os atreveis á hablarme ? Salid de mi casa, salid ! os hecho á la calle como criada. Os hecho tambien como infame, y si ese hombre siente que os vayais, que os siga.

ENRIQUE. Matilde, eso es demasiado.

LUISA. Vos olvidais que no es ante vos ante quien tengo que justificarme. Me voy, señora, pero no como criada, porque no ha sido para serviros para lo que he entrado aquí. Me voy, pero no como una infame, porque no es para verle para lo que he venido: y no es él, el que me seguirá, es otro, porque hay aquí un sér muy querido, á quien he venido á ver, amar, y servir, y á quien me llevo conmigo: es mi hija ! (*Vase.*)

ESCENA XII.

SORLÍ, MATILDE Y ENRIQUE.

SORLÍ. Su hija *!*

MATILDE. Ah ! Yo muero !

ENRIQUE. Lleváosla y cuidad de ella Matilde ! Matilde ! Quien ha descubierto...

(*Sorli hace entrar á Matilde en su cuarto.*)

ESCENA XIII.

ENRIQUE Y CARLOS.

CARLOS. Yo.

ENRIQUE. Vuestras armas ?

CARLOS. Elejid vos.

ENRIQUE. La espada. En el parque: sin testigos.

CARLOS. Esta noche.

ENRIQUE. Yo me vengaré.

CARLOS. Yo ya me he vengado.

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE, MANUEL.

ENRIQUE. Muero de impaciencia ! Está encerrada todavia la señora en su cuarto ?

MANUEL. Si señor, y ella misma ha manifestado que no saldrá de él hasta el momento de su partida.

ENRIQUE. Y qué, va á partir tan pronto ?

MANUEL. He recibido la órden de prepararlo todo hace una hora.

ENRIQUE. Pero hace una hora que el señor Sorlí vino á verla y debe todavía estar en su habitacion. Cuando salga, dile que le aguardo aquí.

MANUEL. Muy bien. (*Vase.*)

ESCENA II.

ENRIQUE *solo.*

Ya no tengo mas esperanza que en él. Obtendrá la entrevista que imploro? Ojalá pudiera volverla á ver, aun cuando no fuera mas que un instante para decirla cuanto amor y arrepentimiento encierra mi corazon! Solo Dios sabe el resultado que esto tendrá! Si yo sucumbo en el combate, no dejaré mas que un recuerdo y un nombre detestado á la que fué en la tierra mi amor y mi alegría. Desesperacion, vergüenza, sangre! He aquí las consecuencias de una falta! de una sola! Como esposo criminal, infame seductor y padre deshonrado; tres séres me pedirán á la vez cuenta de su desgracia. Tú sobre todo, Matilde. Puedo quejarme de tu cólera? una mujer menos virtuosa, no hubiera sido sensible á mi traicion, y hubiera adquirido el derecho de venderme: esta era la esperanza del infame Carlos; pero como tu corazon es un santuario de virtud, te vengas rechazándome con desprecio! ser despreciado de ella! Oh! no, no, antes morir!

ESCENA III.

ENRIQUE, SORLÍ.

ENRIQUE. Señor de Sorlí, que hay?

SORLÍ. Amigo mio, lo que yo esperaba. A pesar de mis esfuerzos, no he alcanzado nada de ella.

ENRIQUE. Con que rehusa oirme?

SORLÍ. Debiendo marcharse inmediatamente, teme una despedida que no haria variar su resolucion, porque yo la he hallado firmamente decidida...

ENRIQUE. Á una separacion?

SORLÍ. Sí.

ENRIQUE. Muy bien.

SORLÍ. Quiere irse á vivir con una antigua amiga suya. Un viaje para mejorar su salud, servirá de pretesto á su ausencia; despues se buscarán otros: Mas, para entonces espero reconciliaros: ahora serian inútiles todas mis instancias. Quereis veniros á la ciudad?

ENRIQUE. No: tengo que dar algunas disposiciones; os doy gracias. Adiós.

SORLÍ. Adiós.

ENRIQUE. Ah! será un desafio á muerte!

SORLÍ. Qué decis?

ENRIQUE. Nada. Mi querido Sorlí, vos fuisteis el amigo de mi infancia, vos me conoceis y sabeis que yo no tengo un corazon infame, ni corrompido: cuando penseis en mí, compadecedme, mas no me odieis.

SORLÍ. Siempre seré vuestro amigo. Valor, que ya llegará un dia, como lo espero, en que se suavice vuestra desgracia.

ENRIQUE. Yo tambien lo espero.

(*Vase Sorlí.*)

ESCENA IV.

ENRIQUE *solo.*

Huye de mí para siempre! ya sabrá si puedo vivir sin ella! Qué importa morir á manos de otro ó á las mias? Mis armas están en el pabellon..... marchemos. Ah! se me olvidaba que debemos batirnos sin testigos... (*Se acerca á la mesa y escribe.*) «No se acuse á nadie de « las consecuencias de un combate leal.» Manuel, es menester evitar que nos sorprendan.

ESCENA V.

MANUEL, ENRIQUE.

ENRIQUE. Si la señora por casualidad preguntase por mí, le direis que estoy en la ciudad. Obedeced sus órdenes, y no os separeis de ella. (*Vase.*)

ESCENA VI.

MANUEL *solo.*

Qué acontecimientos, buen Dios! Quien hubiera pensado jamás esto? un matrimonio tan bueno! Válgame Dios lo que somos! No quiero casarme nunca; estoy resuelto.

ESCENA VII.

MANUEL, MATILDE.

MATILDE. Ha salido de este salon, ha atravesado el parque; ya le he visto por la última vez. Vamos, valor! Habeis hecho los preparativos para mi partida?

MANUEL. Si señora, están corrientes la berlina de viaje y dos caballos de posta.

MATILDE. Avisadme cuando llegue. Manuel?

MANUEL. Señora?

MATILDE. Vos os quedareis aquí con mi esposo. Servidle siempre con celo, y os estaré muy agradecida, amigo mio.

MANUEL. Os lo prometo, señora. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

MATILDE *sola.*

La vida es una mentira! Si me hubiera muerto ayer, hubiera sido la mas dichosa de las mujeres! y hoy... Creo que le hubiera perdonado la inconstancia... pero la falsedad... Ah! qué cruel es verse arrancar una ilusion de siete años, y arrojar de su corazon al que le ha ocupado esclusivamente! Partamos, prefiero no volverle á ver mas, á verle culpable y envilecido. Partamos! morada en otro tiempo santa y ahora profanada, tú serás la tumba de mis alegrias, de mis esperanzas y de mis recuerdos. Aquí dentro en donde todo me recuerda una felicidad que pasó, corren mis lágrimas, y siento débil mi corazon; pero una vez fuera de esta casa, mis ojos se secarán, y mi corazon será de mármol. Vamos.

ESCENA IX.

MATILDE, MANUEL *impidiendo entrar á* LUISA.

LUISA. Dejadme hablarla.

MATILDE. Qué oigo! vos aquí?

LUISA. De rodillas, si, de rodillas os ruego, señora, que no me echeis por segunda vez.

MATILDE. Ah! Levantaos.

LUISA. No: así es como debo estar en presencia de la que tanto he ofendido.

MATILDE. Muy tarde lo habeis conocido.

LUISA. Sí: yo hubiera debido devorar mi humillacion, yo hubiera debido presentarme sin orgullo, sin amargura delante de vos, señora, que sois tan digna de respeto, delante de vos la bienhechora de mi hija.

MATILDE. Porqué me habeis querido volver á ver? Qué deseais? El vínculo que nos ha unido es un crímen; y yo me he apresurado á romperle... no os conozco. No es esto lo que mejor nos conviene á ambas?

LUISA. Seria en efecto muy despreciable si yo quisiera que os interesarais por mí, señora... No es por mí por quien imploro el favor de que me oigais, es por vos misma, es por él.

MATILDE. Por él!

LUISA. Tengo que cumplir un deber, un deber de conciencia, y debo apresurarme á cumplirlo, como si estuviese en mi última hora. Eso es lo que me ha dado fuerza para procurar sostener esta entrevista. Él que ha aparecido culpable, á mí me toca justificarlo. Dios sabe porque estoy yo en esta casa y lo que me cuesta. Vos le creeis un pérfido; y sin embargo, si ha engañado á una muger, no ha sido á vos, señora, porque él os ama, y jamas ha amado á nadie mas que á vos.

MATILDE. Cesad de defenderle, y de querer engañarme. Como he de dar crédito á vuestras palabras?

LUISA. A nadie mas que á mí debeis creer, señora. Si os digo que le ameis, es porque él no me ama, porque no me ha amado jamas.

MATILDE. Qué decís?

LUISA. La verdad: y vos lo habeis adivinado, vos lo dijisteis esta mañana, cuando me echasteis con indignacion, como lo merecia, y me maldijisteis á mi sola, como la sola culpable. Yo leia su pensamiento en sus miradas inquietas, yo veia que otro amor le ocupaba aun cuando estaba cerca de mí, y una vez sorprendí en sus lábios un nombre...

MATILDE. El mio?

LUISA. El vuestro. El mismo dia que iba á huir lejos de mí, oprimido sin duda del deseo de volveros á ver, este dia su frente estaba radiante de alegria.

MATILDE. Ah!

LUISA. Ni el mas leve sentimiento manifestó para la que abandonaba.

MATILDE. Será verdad...! Pero qué digo? él, que al volveros á ver...

LUISA. Os equivocais. Él ha temblado por vos. Yo no he aparecido á su vista mas que como un remordimiento vivo... lo he observado muy bien, porque le amaba y, tenia celos... Ni aun la hija ha alcanzado el perdon de su padre..... Si él os ha instado para que la adoptaseis ha sido para echarme á mí mas presto..! Si señora... ah! no me oculteis vuestra emocion... no tengais piedad de una rival... he formado mil proyectos de venganza...! cuando fuí madre, no tuve mas que uno; quise obligaros á proteger á mi hija.

MATILDE. A mi!

LUISA. Vos no podeis comprender el cariño que una madre tiene á su hija! y sin embargo yo os he dado la mia! Y ahora, si yo hago que recaiga sobre mi la vergüenza y el desprecio, si estoy á vuestros pies, si lloro y suplico, ya conocereis, señora, que seria menester matarme para impedirme pronunciar el único nombre que está en mi corazon y en mis lábios.

MATILDE. Basta...! Esperais enternecerme? (*La noche viene gradualmente hasta el fin.*)

LUISA. Ah! llorais, señora! os he hecho conocer que habia un dolor mayor que el vuestro, y lágrimas mas amargas que vuestras lágrimas! Vos me escuchareis y lo adivinareis todo. Olvidad un instante de estravio, mi amor insensato y culpable, y mi presencia aqui, para no acordaros sino de esta niña que amasteis sin conocerla, y de el que os ha amado siempre y que moriria si le llegaseis á abandonar.

MATILDE. Yo no debo volverle á ver; todo se acabó entre nosotros... él ha dejado esta casa... y ha huido lejos de mí.

LUISA. Vedle. (*Enrique entra durante las últimas palabras, y se apoya en la mesa.*)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS Y ENRIQUE.

ENRIQUE. Matilde!

MATILDE. Le habeis vuelto á ver? (*á Luisa.*)

LUISA. No señora.

MATILDE. Qué venís á buscar aqui?

ENRIQUE. Matilde! tu perdon.

MATILDE. Lo esperais acaso?

ENRIQUE. Tu perdon para un moribundo.

LUISA. Cielos!

MATILDE. Un moribundo...! qué dices?

LUISA. Está pálido...! Tiembla... Ah! (*Enrique cae en un sillon.*)

MATILDE. Herido...! Enrique! Enrique! vuelve en tí... Ah! con que palabras podria volverle la vida...! Enrique, yo te amo, yo te perdono... Ah! socorro...! llamad, llamad.

LUISA. Manuel, Manuel! un médico, al instante un médico.

ENRIQUE. Es demasiado tarde... muy tarde... (*Levantándose con trabajo.*) tus palabras son el solo bálsamo que puedes verter en mi herida... Has dicho que me perdonabas...

MATILDE. Sí... sí... pero no viene nadie!

ENRIQUE. Es inútil... Matilde, yo preferia la muerte á sufrir tu desprecio..... entonces.... le he desafiado... Carlos... mi acero ha penetrado en su corazon... ha muerto... y vengado ya de un infame, te he librado de mí... Me he arrastrado hasta tu presencia para implorar mi perdon.. para volverte á ver. Matilde! á tí á quien amo, y á quien siempre he amado.

LUISA. Y á mí.... (*Ap. Va al foro y se arrodilla.*)

ENRIQUE. Un último pensamiento me oprime... Matilde, lo adivinas?

MATILDE. Sí, tu hija! yo te lo juro.

ENRIQUE. Divide con ella el último beso de su padre... Ah! mi falta se ha espiado!

(*Cae sobre un sillon.*)

MATILDE. Enrique!... inmóvil... muerto!

LUISA. Muerto!.... Ah! hija mia!..... viviré solamente hasta que te haya vuelto á abrazar.

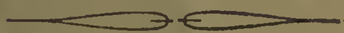
FIN DEL DRAMA.

La Viuda de La Vida

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JOSÉ BUENO HIGUERAS



—— PRECIO, UNA PESETA ——

MÁLAGA

IMPRENTA IBÉRICA

1918

Al notable dramaturgo é inspiradísimo poeta malagueño D. José Fernández del Villar.

Tributo de admiración de

El Autor

Málaga y Mayo 1918.

LA VIUDA DE LA VIDA

1-19

La Viuda de La Vida

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JOSÉ BUENO HIGUERAS



PRECIO, UNA PESETA

MÁLAGA

IMPRENTA IBÉRICA

1918

REPARTO

DOÑA PERPÉUTA. . .	SRA. PARDIÑAS.
CLARA	SRTA. GONZÁLEZ.
PARAISO.	SR. BARRANCO.
ADOLFO LA VIDA . .	SR. RODRIGUEZ.
ASPIRANTE.	SR. JIMÉNEZ.

Estrenada con gran éxito en el Teatro Lara, de Málaga, la noche del 1.° de Marzo de 1918.

La acción en una Capital de Provincia.



LA VIUDA DE LA VIDA

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ACTO ÚNICO

Habitación amueblada con bastante lujo y no demasiado mal gusto, pero un poco desordenada. Habrá alfombras y tapices. Puerta de entrada en el fondo, puerta en el lateral derecho y dos en el izquierdo. Es de día. Época actual. Al levantarse el telón aparecerá Clara, criada andaluza, poniendo en orden algunas sillas o muebles.

ESCENA 1.ª

CLARA, sola

Clara. ¡Valientes fatiguitas estoy pasando hoy! Se levanta la señora argunos días, que mas valía irse a la calle que aguantarla. Ella dice que son los nervios, pero camará, se pone más pesá... Bueno; se necesita la paciencia que yo tengo para resistirla. Me trae de cabeza. Clara, el gabinete que esté bien limpio; Clara, que el comedor no lo has fregado hoy; Clara, que cuides el canario, que me sirvas los huevos a la copa; y en todo ha de estar la pobrecita de la Clara. La Clara en los huevos... en el canario, en el comedor y en todo. Y ella mientras, estucándose. Toito er día se lo pasa en er tocadó. Y viuda y de muy poco tiempo. ¡Después dicen que los hombres! ¡Pós y las mujeres!.. Me parece a mí que a esta viuda lo que

le hase farta es un hombre. *(Transición.)* Bueno, eso nos hase farta a... Josú, que disparate iba a decir!.. *(Cantando)*

Merecía esta serrana...
Que la vistieran de limpio
Una vé cá tres semanas.

ESCENA 2.ª

CLARA y DOÑA PERPÉTUA VIUDA DE LA VIDA

Doña Perpétua es mujer de unos 50 años. Vestirá de luto, su traje será bastante ridículo. Aparecerá pintada y su cara no será una pintura precisamente.

D.ª Perpt. *(Por primera izquierda.)* ¡Por Dios, Clara, por Dios!.. No escandalices. En primer lugar, porque es de muy mal gusto todo lo que cantas, y en segundo porque demás sabes, que en el segundo, *(señalando para arriba)* hay un enfermo.

Clara. Perdone la señora, pero no me había dado cuenta.

D.ª Perpt. Pues ten mucho cuidado y date cuenta, porque de lo contrario, yo voy a ser la que te voy a dar la cuenta y cantandito te vas a ir a la calle.

Clara. No tenga cuidado la señora, que no lo haré más.

D.ª Perpt. Y a otra cosa. Ve adentro y ponte el delantal blanco y arréglate un poco, porque hoy han de venir a buscarme con bastante frecuencia.

Clara. (*Extrañada*) ¡La irán a poné en un cuadro. (*Váse segunda izquierda.*)

ESCENA 3.ª

DOÑA PERPÉTUA; después CLARA

D.ª Perpt. (*Sentándose.*) Desgraciada la mujer que en su juventud relativa, pierde a su esposo y se encuentra como yo, sola en el mundo. Sin un pariente. Es decir; parientes sí, un

cuñado y una cuñada, pero ¿para qué me sirven?, para recriminarme todo lo que hago. Nada, creo que he hecho perfectísimamente bien enviando ese anuncio a los periódicos solicitando un administrador. Yo necesito una persona que se haga cargo de mis fincas, que me administre; porque de lo contrario, seguirá todo el mundo abusando de mí y robándome como hasta aquí lo han venido haciendo. (*Dentro suena una campanilla.*)

D.ª Perpt. (*Llamando*) ¡Clara!..

Clara. (*Saliendo por segunda izquierda*) ¿Qué manda la señora?

D.ª Perpt. ¿No has oído que han llamado?

Clara. Voy enseguía!.... *Dirigiéndose a la puerta de fondo.* (¡La señorita se cree que yo tengo la campanilla en una oreja! *Señalando.*) *Hace mutis por la puerta de fondo, y al momento aparece con una tarjeta en la mano que entregará a doña Perpétua.*)

Clara. Un caballero me ha entregado esta tarjeta.

D.ª Perpt. (*Leyendo.*) Amador Paraiso. No le conozco. Debe ser algún aspirante a la administración. Dile que pase y tome asiento, que ya salgo. (*Hace mutis primer lateral izquierda.*)

Clara. (*Viéndola ir.*) ¡Otro toque!.. Chavó, pa darle a esta mujer un beso en la cara y que ella se entere va a se menesté picarla como las habitaciones antes de blanquearlas. (*Váse puerta fondo.*)

ESCENA 4.ª

Clara y Paraiso

(Este señor Paraiso, que de ropas está peor que nuestro padre Adán, aparecerá con chaquet bastante deteriorado, como todo el demás terno. Es hombre de cincuenta años.)

Clara. (*Saliendo*). La señora me dijo que tomara V. asiento que no tardaría en salir.

Paraiso. Mil gracias, simpática joven. (*Váse clara segunda izquierda.*)

Paraiso. (*Convencido de que está solo, despues de mirar a un lado y a otro y cruzando las manos y con la mirada implorando al cielo.*) ¡Virgen de las Nieves, tú que debes ser la más fresca de todas las vírgenes, ampara a este devoto de tu frescura y haz que encuentre, no nieve precisamente en el corazón de esta viuda, sino un rescoldito siquiera! ¡Hazlo virgencita mía! Ampárame y dame fuerzas para representar esta farsa. ¡Anda, virgencita frigorífica! (*Como volviendo en sí.*) Sé al dedillo el nombre de su marido, el suyo, el día que naufragó. Yo sabré adornar la cosa de tal modo, que sin haber conocido a su esposo ni por caricatura, me crea un íntimo suyo; un amigo de su niñez, el que recogió su último suspiro cuando el vaporcito tuvo el capricho de incar el pico. Conque, lavia y pico. Me parece que oígo pasos.

ESCENA 5.ª

PARAISO Y DOÑA PERPÈTUA

Paraiso. (*Haciendo una ridícula reverencia*). ¡A los piés de usted, noble señora!

D.ª Perpt. (*Saliendo 1.ª izquierda.*) Beso a V. la mano.

Paraiso. (Es más fea que un cipayo, pero chavó, tiene un brillante en un dedo (*señalando*) que es una yema de coco.) (En lo alto del dedo, no en la yema.) Señora, usted dispense mi atrevimiento, pero sin duda vengo equivocado. Aunque la criada me ha indicado que es usted la viuda del difunto señor La Vida, me resisto a creerlo, sin duda sufro un error, me explicaré: a mí me obliga a venir a esta casa una promesa que hice a un íntimo amigo que desgraciadamente ya no existe. Una nobleza de mi corazón, (aunque sea inmodestia.) Más claro: yo venía a hacer una obra de caridad, venía a socorrer a la esposa de un íntimo amigo, la cual debe de encontrarse en un estado deplorable de miseria. Mas al llegar a esta casa y encontrarme con este lujo que le rodea, este aspecto, estas alfombras,

estos tapices... (*Mira a todas partes*) no puedo por menos de creer que coinciden los apellidos y que es otra La Vida que yo busco. (*Con intención.*) (¡Ya lo creo que es otra.)

D.ª Perpt. Caballero, tome asiento y aclaremos. (*Lo hace despues de esperar que lo haga primero doña Perpétua.*)

Paraiso. ¡Agradecidísimo señora! Esta señora a quien yo busco tuvo la desgracia de perder a su esposo en un naufragio.

D.ª Perpt. (*Con impaciencia.*) ¿En un naufragio a dicho V.?...

Paraiso. Sí, señora, en un naufragio. Mi íntimo amigo Adolfo La Vida y Más.

D.ª Perpt. (*Emocionadísima.*) ¡Oh, por Dios, caballero, le suplico que no siga. ¡Pobre esposo mío! No hay duda, no viene V. equivocado. Ese era mi esposo.

Paraiso. (*Muy admirado.*) ¿Pero que dice V. señora? Luego entonces ¿no vengo equivocado? ¿Es V. en realidad, la viuda de aquel amigo de mi niñez, de aquel ser tan bendito y alabado por todo el mundo? Pues aún me resisto a creerlo y V. dispense la franqueza, señora, porque mi amigo llevó una vida bien modesta, más bien vivió con necesidad y no puedo comprender a que es debido este lujo que aquí observo, a no ser que...

D.ª Perpt. (*Como herida en su amor propio.*) ¡Caballero! que ni por un momento forje su calenturienta imaginación ninguna idea pecaminosa ante mi acrisolada honradez.

Paraiso. (¡Es más cursi que un impermeable de trincha!) (*Rectificando.*) Señora, yo no he dudado un momento...

D.ª Perpt. Al morir mi esposo, viví modestamente con la pequeña viudez que me quedó, pero Dios que es compasivo supo no llevar mi desgracia hasta lo infinito y tuve la gran suerte de alcanzar un gran premio a la lotería que es el que me dá para sostener esta posición tan desahogada en que V. me encuentra.

Paraiso. ¡Las vueltas que da el mundo, señora! ¡Quién se lo hubiera dicho al pobre cuando íbamos para América, en busca de mejor suerte!..

D.ª Perpt. ¡Ah! ¿pero V. iba en el mismo barco que naufragó mi esposo?..

Paraiso. ¡Naturalmente, señora!.. No me quiero ni acordar.. ¡Qué

espectáculo. Serían las dos de la madrugada cuando nos despertó un ruido extraño; era la tripulación que nos advertía el peligro. Subimos a cubierta, y yo al sentir olas por aquí y olas por allá, dije a vuestro esposo: La muerte nos saluda. Nos descubrimos pidiendo clemencia a Dios para que aplacara un poco su ira y nos dejara llegar, ya que nos faltaba tan poco, a América.

Bueno; del descubrimiento no harían tres segundos, cuando otra ola enorme cubrió la cubierta y nos cubrió también a nosotros. El pobre de La Vida temblaba; otro señor con quien hicimos amistad en el buque, un tal Calderón, de la barca... que tenía al lado no se movía. Cogido a ella esperaba el momento oportuno para arrojarse al mar. Bueno; yo no estaba para bailar un Fox-trot precisamente, pero demostraba más sangre fría, con objeto de darle más ánimo al pobre La Vida. ¡Le quería tanto!.. ¿Qué va a ser de mi esposa? exclamaba.—Si tienes la suerte de salvarte, no la desampares, me decía. .....Cuando el barco se hundió le oí decir: ¡Mi Perpétua! ¡Mi Perpétua!.. Viéndose con el agua al cuello y condenado a muerte, suspiraba por la Perpétua. Muy natural; al fin era su esposa. Le digo a V. señora, que aquello era horrible. ¡Había que ver a La Vida luchando con la muerte!.. Sujeto a un madero fué de la manera que yo me salvé. Tuve más suerte que él. (¡Julio Verne a mi lado, un mito!.. ¿Qué digo un mito? una colilla). (*Pausa.*)

Desde aquel momento en que tan cerca tuve la muerte, no vivo tranquilo, los deseos de encontrarla por cumplir la promesa que hice a aquel amigo, remordían mi conciencia: indagué, hice pesquisas, y nada. El mar se lo había tragado a él; pero con V. parecía que había hecho igual la tierra. Hasta que por un amigo mío, que también lo era de su esposo, supe que vivía usted en esta casa. Uno que fué ayudante del general Cámara. ¿No lo recuerda usted?..

D.ª Perpt. Sí, me suena. He oído hablar mucho de los ayudas de cámara.

Paraiso. Y dije: ¡Gracias a Dios, que voy a poder cumplir el

encargo de mi amigo!.. Y ya tiene V. explicada a que ha obedecido mi visita.

D.ª Perpt. ¡Como poder yo agradecer esta acción tan noble, caballero!.... ¡No encuentro palabras! (*Sollozando.*) ¡Qué corazón el de V!..

Paraiso. ¡Por Dios, Sra.; no se entristezca!.. Que no vea yo lágrimas.

D.ª Perpt. Yo sabré compensar esta acción.

Paraiso. Eso no tiene importancia, cualquiera en mi lugar lo hubiera hecho.

D.ª Perpt. (*Para si.*) ¡Qué hombre!.. ¡Y es simpático! ¿Si él aceptara?.... (*Con resolución.*) ¡Yo se lo propongo!.. (*Pausa.*) Vamos a ver, Sr. Paraiso: ¿acepta V. desde este momento la administración de mis fincas?

Pasaiso. (¡Ya cayó!) (*con admiración*) ¿La administración?

D.ª Pept. Precisamente, ayer mandé un anuncio a los periódicos solicitando quien se encargara de ella y yo creo que mejor que V. nadie.

Paraiso. (¡Digo, si me descuido!) (No, pues yo me resisto. (*Con orgullo*) No sé si podré.

D.ª Perpt. Advirtiéndole, que si V. se decide, no será sólo mi administrador, sino la persona de toda mi confianza...

Paraiso. (¡Ya es mía!)

D.ª Perpt. ¿Tiene V. familia?

Paraiso. ¡Familia!.. (*Pausa*) Soy más solo que el café... solo. (*Con intención.*) Y como V., viudo. Tengo un destino en Hacienda y trabajo bastante, aunque hay quien dice que los empleados de Hacienda nunca estamos haciendo nada. Pero eso es completamente falso. (¡Trabajar yo, que en toda mi vida he hecho menos que una palmatoria!)

D.ª Perpt. Pues nada, V. acepta mis ofrecimientos. Le suplico pasemos dentro, donde le obsequiaré con pastas, licores, un piscolabis si tiene apetito...

Paraiso. ¡Acepto agradecidísimo! (¡Falta me hace!) (*Abriendo la boca.*) (*Se disponen a hacer mutis primera izquierda.*)

Paraiso. V. primero, señora.

D.ª Perpt. (*Con embeleso*) ¡Gracias!.. (*mutis.*)

Paraiso. ¡Está más pintá que un molinillo nuevo! (*mutis.*) (*Dentro suena la campanilla de la puerta.*)

ESCENA 6.ª

CLARA, sola

Clara. (*Saliendo por segunda izquierda*) ¿Quién será er gachó este que se nos ha metío por las puertas? Y no es que yo sea maliciosa, pero no sé por qué me da er corazón que la viudez de doña Perpétua, no va a ser a perpetuituidad precisamente... (*hace mutis puerta fondo, a poco aparecerá por la misma puerta acompañada del aspirante*)

ESCENA 7.ª

CLARA Y ASPIRANTE

El aspirante será hombre de unos 30 años y ha de tener cabello abundante.

Aspirante. ¡Dios mío, que felicidad tan grande si yo consiguiera la administración de esta señora!

Clara. ¿Y dice V. que viene aquí, por un anuncio que ha leido en un periódico?

Aspir. Sí, joven, por un anuncio. Me creo con las condiciones necesarias para desempeñar lo que su señora solicita.

Clara. (*sorprendida*) Esto es, que se ha anunciado en los periódicos para contraer matrimonio... ¡Que vergüenza!.. Y V. está decididamente dispuesto...

Aspir. ¡Naturalmente!.... ¿V. se cree que una proporción así se presenta todos los días?

Clara. No hay duda.

Aspir. Tuve a la mano otra, pero otro más vivo que yo cargó con ella, pero lo que es ésta no se me escapa. Esta me redondea. Porque la Sra. creo que es muy rica, ¿verdad?..

Clara. (*con desdén*) Sí, bastante...

Aspir. ¡Tiene muchas fincas, ¿eh?

Clara. (¡Valiente sinvergüenza!) (*con malicia*) ¿Eso es lo que a V. le interesa, verdad?

Aspir. Claro, cuantas más tenga, mayores serán las utilidades.

Clara. (¡Parece mentira, un hombre joven, y por el vil interés se decide a casarse con esa pantera!) ¿V. no la conoce, verdad?

Aspir. ¡No le he dicho que vengo por lo que he leído en el anuncio!.. ¿Por qué lo dice V.? ¿Porque tenga mal carácter, porque no sea todo lo simpática que fuera de desear?... Eso es lo de menos, lo importante es llenar el estómago, que lo demás...

Clara. ¡Será fresco éste tío! (¡Bueno! Ar gachó este, no le ponen colorao aunque lo asfixien. (*con desprecio*) ¡Que asco! ¡Lo que son los hombres!.. ¡Ay los hombres!.... (*váse segunda izquierda.*)

ESCENA 8.ª

Aspirante y Paraiso

Paraiso. (*Saliendo primera izquierda con aire de gran satisfación*) ¡Me he comido una chuleta empanada que era una bandera izada!.... ¡Hay que ver como está doña Perpétua conmigo!.. En cuanto le largué cuatro chatos de vino se le acabó la tristeza y hubo ocasión en la cual hasta me tuteaba. (*frotándose las manos*) ¡Valiente vidita se me presenta!.. Todo su empeño es que yo no salga de la casa, empeño que verá conseguido con creces, porque yo no salgo de aquí aunque me entere que hay viruelas. Está conmigo que no le falta mas que llevarme en brazos. ¡Infeliz! Me ha comisionado para que largue a éste, que sin duda es un aspirante a la administración.

Aspirante. (*dirigiéndose a Paraiso*) ¡Caballero!..

Paraiso. Muy señor mío. ¿Qué desea?..

Aspir. Deseaba hablar con la viuda del Sr. La Vida.

Paraiso. ¿Y V. quién és?..

Aspir. Yo soy Calvo, caballero.

Paraiso. (*pausa*) ¡Caramba!, nadie lo diría.

Aspir. Sí señor, Ceferino Calvo, perito mercantil.

Paraiso. Conque... ¿perito eh?..

Aspir. Sí señor. Enterado por un anuncio de que la señora deseaba un administrador y encontrándome con las condiciones necesarias de honradez y seriedad (aunque me esté mal el decirlo) me creo que he de convenir a la señora, porque como soy un ser sano...

Paraiso. Conque perito... y sano, ¿Vamos, que usted no es un perito podrido, eh?.. Sino que es una persona que reune todas las condiciones que la señora desea. (*Pausa*) Pues, jóven, lamento mucho tenerle que decir que ha llegado tarde.

Aspir. (*Extrañado*) ¿Qué dice usted?..

Paraiso. Lo que usted oye. Que la plaza ya está cubierta.

Aspir. ¿Pero es posible? ¡Que desgraciado soy. ¡Y yo que creía!.. (*con resolución*) Bueno, que le hemos de hacer, paciencia; V. dispense. (*Despues de pensarlo un momento*) Además, caballero, yo soy representante exclusivo en España de una pila de Cozas.

Paraiso. ¡Caray!.. ¿Y que cosas son esas? Dígalas a ver si a la señora le acomodan algunas.

Aspir. No son varias, es una sola.

Paraiso. ¿Pero no ha dicho V. que es representante de una pila de cosas?

Aspir. Sí señor, pero se trata de una pila eléctrica contra la neurastenia y que su autor se ilama don Benito Cozas, por eso la pila se denomina pila de Cozas.

Paraiso. ¡Carambita, carambita!.. Pués diga usted que el apellidito se las trae. ¿Y por qué el autor no le pone a la pila su segundo apellido y así no daría lugar al equivoco?..

Aspir. Porque sería peor. Figúrese que el segundo apellido es Manchas. ¿Cómo le propongo yo a nadie que me compre una pila de Manchas?

Paraiso. ¡Claro! Sería una porquería!.... ¡Si siquiera se llamase Carbón, pues iría usted por ahí proponiendo pilas de Carbón, y figúrese usted en las actuales circunstancias el negocio que haría; se ponía millonario!.. (*pausa.*) Pues nada, jóven; lamento tanto no poderle comprar tampoco una pilita de esas, porque gracias a Dios, ni la señora ni yo padecemos de neurastenia.

Aspir. Dispense usted la molestia, caballero.

Paraiso. De nada; a sus órdenes. (*Hace mutis Aspirante puerta fondo*) ¡Pobrecillo!..

ESCENA 9.ª

PARAISO, D.ª PERPÉTUA, después CLARA

D.ª Perpt. (*Saliendo primera izquierda*) ¿Se marchó?

Paraiso. Sí señora, era un pobre aspirante a la administración. (*se sientan, doña Perpétua en una butaca y Paraiso en una silla a su lado.*)

D.ª Perpt. (*Pausa y mirando a Paraiso con zalamería.*) No lo querrá usted creer; pero esta casa que para mí resultaba antes tan triste, me parece otra cosa desde que usted me acompaña; vamos que me parece que no estoy donde antes estaba, me parece que estoy.. en el Paraiso.

Paraiso. (*Mirándola con extrañeza.*) ¿En el paraiso?.. ¡Usted está en butaca, señora!.. (¡Está que delira!..)

D.ª Perpt. Noto un bienestar, una tranquilidad de ánimo... Ni soñando hubiera yo encontrado un hombre como usted, porque usted se pinta solo para lo que yo necesito.

Paraiso. (Y tú te pintas sola para parecer bonita y cada día eres más fea.) ¡Muchas gracias, señora!..

D.ª Perpt. ¿Y usted nota?.. ¿Nota?..

Paraiso. ¡Delira!.... Yo noto señora... (Habrá que decirle algo.) Noto que tiene usted un sello de distinción... Vamos, que tiene usted un sello, que yo no lo he visto en ninguna colección. ¡Y mire usted que yo he visto colecciones... de mujeres!.. ¡Pues; y la mirada!.. ¿Qué tiene usted en la mirada?..

D.ª Perpt. (*Con embeleso*) ¡Que yo sepa!..

Paraiso. (¡Lástima de pulmonía!..) Tiene usted una mirada que a primera vista es emborrachosa.

D.ª Perpt. ¿Y después?..

Paraiso. ¿Después de emborrachosa?.. Provoca... tiva.

D.ª Perpt. (*Fuera de sí*) ¡Por Dios!..

Paraiso. (¡Por la tela!..) Usted señora és una maravilla de la mamá Natura. Toda usted quema. (La voy a poner echando chispas.)

D.ª Perpt. ¡Decididamente, usted se queda en esta casa!.. Ya vé usted, una mujer como yo, sola... ¡Hágalo usted siquiera por la memoria de mi difunto esposo!..

Paraiso. Comprendo, señora, su situación; comprendo que una mujer sola en el mundo, es cual barca sin timón; usted necesita unos brazos amigos; aún sacrificándome, aquí están los míos. (*se levanta y se los ofrece; ella corresponde al abrazo*) Yo le ofrezco mis brazos y mi persona. Porque la vida sin amor, no se comprende.... (¡Esto es cosa hecha!) La vida sin amor, es un desierto...

D.ª Perpt. ¡Gracias, Paraiso!..

Paraiso. ¡De nada, Vida!... Si usted perdió a La Vida yo le ofrezco un Paraiso. (*dentro suena la campanilla de la puerta.*)

D.ª Perpt. (*pausa*) Han llamado, y si no me equivoco, es mi cuñado. Para todo es brusco, hasta para llamar a la puerta. (*con gran amabilidad*) Señor Paraiso, usted dispense, pero le agradecería se ocultara un momento, porque seguramente vendrá a recriminarme por el anuncio que envié al periódico sin haberle consultado antes; temo que pueda contrariarle a usted la escena. Si me precisa su presencia, ya le avisaré.

Paraiso. (*Con mucha dulzura y mirándola fijamente*) ¡Como usted me ordene.... reina!... (Será conveniente ocultarse, no sea cosa que el gachó éste me descomponga la charada.) (¡Bueno; soy el dueño de la casa!.. (*Hace mutis primera izquierda con aire de gran satisfacción.*) (*Sale Clara segunda izquierda y hace mutis puerta fondo, y al momento entra como volviendo de abrir la puerta.*)

Clara. Un caballero pide permiso para pasar.

D.ª Perpt. (*pausa*) (¿Será otro aspirante?) Bueno; vé dentro, yo le recibiré! (*vase segunda izquierda.*)

ESCENA 10.ª

Doña Perpétua y Adolfo La Vida. Luego Clara

Adolfo. (*Desde dentro*) ¿Se puede pasar?..

D.ª Perpt. (*emocionadísima.*) ¡Dios mío!.. ¿Qué oígo?.. ¿Esa voz?.. ¿Será una alucinación?.. ¡Juraría que era la voz de mi esposo! Pero... ¡No es posible!.. (*con resolución*) ¡Adelante!.. (*sale Adolfo puerta fondo.*) ¿Pero, qué veo?.. ¿Yo sueño?..

Adolfo. (*con gran alegría*) ¡¡Esposa mía!!

D.ª Perpt. (*corriendo hacia él*) ¡¡Marido de mi corazón!.. (*cae desmayada en sus brazos al intentar abrazarlo.*)

Adolfo. Que disparate he cometido presentándome sin avisar. La pobre, que me creía pasto de los peces. A debido sufrir una impresión terrible. Ha sido una temeridad... (*llamando*) ¡Criada, criada!..

Clara. (*saliendo segunda izquierda y alarmadísima al ver a doña Perpétua*) ¿Qué ocurre? ¿Qué le ha pasado a la señora?...

Adoldo. Nada; esto no es nada. Ayúdame a colocarla en aquel sofá. (*la colocan en un sofá.*) Pronto, traiga tila, éter; lo primero que encuentre. (*váse Clara. Adolfo mientras le hace aire a su esposa con el sombrero.*)

ESCENA 11.ª

Dichos y Paraiso. Luego Clara

Paraiso. (*Saliendo primera izquierda*) Pues no va gritando la criada. ¡Digo, la señora, desmayada!.... Cuidado con decir que doña Perpétua está desmayada con el dinero que tiene. ¡Lo que es no estar enterado de las cosas!.. ¡Y es que tienen las criadas unas lengüecitas!..

Adolfo. (*al verlo*) ¿Qué hará éste hombre en mi casa?.. (*entra Clara con un pomo y se lo aplica a doña Perpétua en las narices.*)

Paraiso. *(Dándose cuenta de la presencia de Adolfo y del estado de doña Perpétua)* ¡Caray! Pues era verdad lo del desmayo. ¿Quién será este hombre? Porque la criada me aseguró que el que había venido no era el cuñado de la señora... *(dirigiéndose á Adolfo en actitud violenta)* Caballero: Es preciso que inmediatamente me diga lo que aquí ha ocurrido con la señora para encontrármela en la forma que me la encuentro. ¡Pronto, pronto!..

Adolfo. *(Pausa)* ¿Y quién es usted para pedirme a mí esa clase de explicaciones?..

Paraiso. *(Con orgullo)* ¿Qué quién soy yo?.. Conque... ¿qué quien soy yo?.. ¡Claro, ignora!.. ¡Vamos; usted no tiene una idea siquiera de quién soy yo en ésta casa!..

Adolfo. Con que; que yo no tengo una idea... ¡El que no tiene idea, pero que ni por asomo de quién soy yo en ésta casa, es usted!..

Paraiso. ¿Pero hombre de Dios.. usted quién es? (¡Quién será el sinvergüenza éste!..)

Adolfo. (¡Quién será este hombre!) ¡Perpétua, Perpétua!..

Paraiso. *(Con extrañeza)* Digo, y la tutea.

Adolfo. ¡Ya parece que vuelve! Ahora mismo me sacará de duda.

Paraiso. Sí hombre; pregúntele usted a ella... Que ella le diga quién soy yo. *(con desprecio)* (¡El desgraciado éste no sabe lo que soy yo para la señora! ¡Ahora te enterarás!.. *(Hace mutis Clara al ver que doña Perpétua vuelve en sí. Esta se incorpora y se pasa las manos por los ojos, quedando sentada en el sofá.)*

D.ª Perpt. ¿En donde estoy? ¿Qué es ésto; qué pasa? *(viendo a Adolfo)* ¿Pero es cierto que vives?

Paraiso. *(Que no sale de su asombro)* ¡Y también lo abraza!..

D.ª Perpt. ¡Qué alegría tan grande, esposo de mi alma!....

Paraiso. ¡Dios mío! ¿Qué he oído?.. ¡Es su esposo que vive!..

D.ª Perpt. Pero, explícame: ¿Cómo fué el darte por ahogado?

Adolfo. De eso ya hablaremos más despacio. Bástete el saber por ahora, que vivo; que todo fué un error de nombres. Es verdad que naufragué y que de resultas de la impresión perdí el habla y el conocimiento y he estado allá en América entre la vida y la muerte; pero antes de entrar

en más aclaraciones, has de decirme quién es este hombre, (*señalando a Paraiso*) a quien encuentro hecho el dueño de mi casa...

Paraiso. (*Demostrando gran pánico*) ¡Este tío me mata!..

D.ª Perpt. ¿Quién, éste?.. ¡Este hombre es un santo!..

Paraiso. (*Con ironía*) (Sí, Santo Tomás de Aquino, de aquí... no salgo yo con pellejo.)

D.ª Perpt. Este hombre es, el que creyendo encontrarme en la mayor miseria, se presentó en esta casa con intención de socorrerme, cumpliendo el encargo que tú le diste cuando iba contigo en el barco; tu amigo de la niñez.

Paraiso. (*Azoradísimo*) (¡Dios mío, un terremoto!)

D.ª Perpt. Como a Dios gracias, yo no estaba en el caso de que nadie me socorriera, porque soy rica, lo cual es otra alegría que tengo que darte...

Adolfo. Sigue, sigue; eso lo sé por mi hermano.

D.ª Perpt. Pues nada. Que lo acogí como se merecía... ¿Es que ya no lo recuerdas?.. ¡Abrázalo, hombre!.. Una acción así no se olvida nunca.

Adolfo. (*Con indignación*) ¿Pero qué estás diciendo?.. ¡Pero si al sinvergüenza éste, no lo he visto yo en toda mi vida!

D.ª Perpt. (*Extrañadísima*) ¿Que no lo conoces dices?

Adolfo. Como lo estás oyendo.

D.ª Perpt. ¿Luego entonces, he sido vilmente engañada?..

Paraiso. (*Por lo bajo a doña Perpétua*) Como le eche usted leña al fuego y yo hable, le va a tocar a usted perder también.)

Adolfo. ¿Y desde cuando está aquí este desahogado?..

D.ª Perpt. Desde esta mañana.

Paraiso. Oíga usted, caballero; referente a eso que usted ha dicho de desahogado, hay que hablar un poquito. Aquí el único desahogado que hay presente es usted, a quien todos creíamos ahogado...

Adolfo. (*Se dirige a Paraiso con intención de pegarle, evitándolo doña Perpétua*) ¡Es usted un malvado!.. ¡Me dará usted explicaciones! ¡Le mandaré los padrinos!..

Paraiso. ¿Los padrinos? ¡Le advierto que no tengo que hacer ningún bautizo!..

Adolfo. ¡No siga usted hablando; no siga, que no sé como me

contengo!.. *(Cogiéndolo por las solapas, siempre seguido de doña Perpétua)* ¿Pero quién es usted?..

Paraiso. Caballero, yo soy... (Bueno; ¿y que le digo yo a este hombre!..) Yo soy... un desgraciado. Un pobre hombre a quien la necesidad ha obligado a representar esta farsa y, para resultar más simpático a los ojos de su señora, he inventado que le conocía de la niñez, que presencié el naufragio y todo lo que usted ya sabe.. *(Adolfo lo suelta)*

Adolfo. Es verdad lo que dice este hombre, Perpétua?

D.ª Perpt. Te lo puedo jurar. ¡Pobrecillo!, ¡Perdónalo!, perdónalo siquiera por la alegría que experimento al tenerte otra vez a mi lado.

Adolfo. (*Pausa*) Lo perdono. ¡Pero, no sé como no lo he pateado!..

Paraiso. Gracias, doña Perpétua. Gracias, señor La Vida. *(Mirando para arriba)* ¡Virgen de las Nieves... que mal he quedao!.. ¡Paciencia; era mi sino!.. *(Dirigiéndose al público)* Público amado: Ya que con benevolencia escuchaste esta farsa no te pido que me aplaudas, pero que por lo menos imites al Sr. La Vida, y no me patees tú tampoco.

TELÓN.

